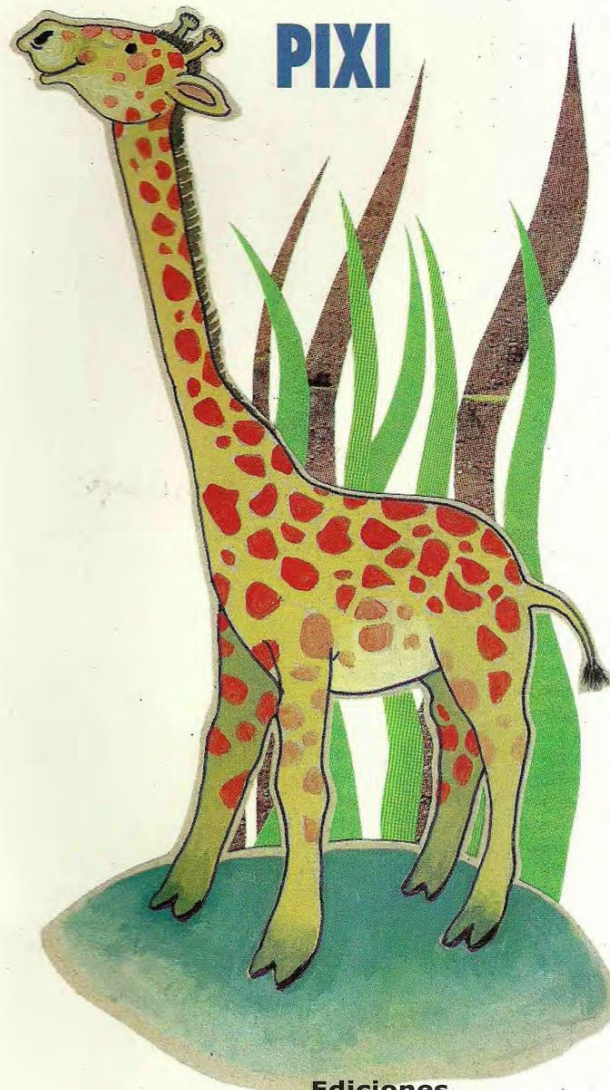




1. DATOS DE IDENTIFICACIÓN

Curso:	PLAN LECTOR		
Docente:	Andrés González	Grado	OCTAVO
Período:	PRIMERO	Fecha de elaboración:	6 - 02 - 19
Título:	Texto base I periodo		
Alumno:		Curso:	8°

Matthew Lipman



Ediciones
NOVEDADES EDUCATIVAS

Colección FILOSOFÍA Y ESCUELA - Serie TEXTOS DE FILOSOFÍA PARA NIÑOS

Capítulo 1

¡Por fin es mi turno! ¡Tuve que esperar tanto tiempo hasta que los demás contaran sus historias!

Empezaré por decirles mi nombre. Mi nombre es Pixi. Pixi no es mi verdadero nombre. Mi verdadero nombre es el que me pusieron mi papá y mi mamá. Pixi es el nombre que me puse yo.

¿Cuántos años tengo? Igual que ustedes.

Puedo cruzar mis piernas y caminar de rodillas. Mi papá dice que parece que fuera de goma. Ayer a la noche puse mis piernas alrededor del cuello y caminé apoyándome en las manos.

No, ustedes no pueden cruzar sus piernas y ponerlas alrededor del cuello al mismo tiempo. Una cosa o la otra, pero no las dos. ¿Qué pretenden... hacerse un nudo?

Mi mamá dice que me muevo como si estuviera hecha de vinagre. No sé qué es el vinagre. Debe ser algo agradable, como los helados.

Mi cuento es muy largo, así que tengan calma. (Este año tengo mucha más paciencia que el año pasado. El año pasado hubiera dicho: "¡Cálmense! ¡No pienso contarles nada hasta que no se queden quietos! ¡Tengo un montón de cosas en qué pensar mientras estoy esperando!")

¡Me resulta raro! Ya no me gusta hablar de esa manera. Lo único que quiero es empezar mi historia.



La razón por la que me inventé esta historia es que todos en la clase teníamos que inventar una. Ahora quiero contarles la historia de cómo fue hecha mi historia. Primero está la historia y después viene la historia de cómo ocurrió. Lo que quiero decir es que primero tuvo que ocurrir y que, entonces,

después vino la historia de cómo ocurrió. Por lo tanto, es la historia de lo que pasó primero. Es la historia de cómo ocurrió.

Ni siquiera sabíamos que teníamos que inventar una historia hasta que el señor Méndez nos habló de ir al zoológico.

El señor Méndez es nuestro maestro. Tiene las orejas un poco salidas, como las mías. Pero yo puedo mover mis orejas y él no. (No quiero decir que él no pueda mover mis orejas. Quiero decir que no puede mover las suyas.)

¡El señor Méndez es tan viejo! ¿Se imaginan? ¡Tiene una hija que va a tener un hijo! La verdad es que hace mucho tiempo que anda por el mundo. Me pregunto si habrá conocido a San Martín. (El año pasado se lo hubiera preguntado, pero este año me porto mejor.)

Así es que el señor Méndez nos dijo que íbamos a una excursión al zoológico y que quería que, después, cada uno de nosotros hiciera una historia sobre la excursión. O sobre animales que habíamos visto. O sobre la forma en que los animales habían sido capturados y llevados al zoológico.

“La historia de cada uno de ustedes tiene que tratar sobre cualquier cosa que el zoológico les haya hecho pensar”, dijo el señor Méndez.

Recuerdo muy bien cuando nos dijo eso. Por eso, cuando inventé mi historia, no tenía nada que ver con un zoológico, sino con algo que el zoológico me hizo pensar.



Cuando el señor Méndez nos habló de sus planes para hacer una excursión al zoológico, todos gritamos: “¡Bravoooo! ¡Genial! ¡Buenísimo!” Todos, menos Néstor.

Néstor dijo: “¿A quién le puede gustar ir a un zoológico?” Y luego hizo una mueca tapándose la nariz con los dedos.

Eso me dio mucha rabia. Mucha. Le dije: “Néstor, ¿te creés muy vivo, ¿no?! ¿Qué olor te creés que tendrías vos si tuvieras que pasarte todo el día en una jaula?”

Néstor sólo fue capaz de sacarme la lengua. Naturalmente, le devolví el gesto.

Entonces me dijo que yo tenía chicle en el pelo, y eso no era cierto. ¡Ya me lo había sacado todo!



Justo un momento antes de que el señor Méndez nos dejara salir al recreo, se tiró hacia atrás en su silla y estuvo limpiando sus anteojos durante un ratito.

Luego, dijo:

–Sobre la excursión al zoológico, voy a decirles algo más. Quiero que cada uno de ustedes haga una cosa. Quiero que cada uno guarde un secreto, ¡y no se lo diga a nadie!

–Señor Méndez, ¿ni siquiera a nuestros mejores amigos? –le pregunté.

–Ni siquiera a los mejores amigos –respondió.

–¿Ni siquiera a usted? –preguntó Nadia.

–Ni siquiera a mí –respondió el señor Méndez.

Entonces Isabel se levantó para hablar. Antes, cuando hablé de los mejores amigos estaba pensando en Isabel. Es mi mejor amiga.

–¿Qué clase de secreto, señor Méndez? –le preguntó Isabel.

–Quiero que cada uno de ustedes piense en algún animal, algún pájaro o algún reptil; el que ustedes prefieran –respondió–. Ésa será su criatura misteriosa. Cuando vayan por el zoológico con el resto de sus compañeros, tengan los ojos bien abiertos para encontrar su criatura misteriosa. Cuando la vean, piensen cómo podrían incluirla en su historia. Al día siguiente de la excursión, cuando volvamos a estar en clase, todos contaremos las historias de nuestras criaturas misteriosas.

¡Qué nervios! ¡Estaba muy impaciente por ir al zoológico! Ni siquiera tuve que pensar cuál sería mi criatura misteriosa; lo supe inmediatamente. Y probablemente a nadie más se le ocurriría la misma criatura que a mí.

Cuando empezamos a salir del aula para ir al patio, pude escuchar a Tito cuchicheando con Carolina para tratar de averiguar cuál iba a ser su criatura misteriosa.

Al bajar por las escaleras hacia la puerta de entrada, Isabel y yo íbamos de la mano como vamos siempre. No hablábamos porque estábamos pensando. Yo pensaba que tenía mucha suerte de tener una amiga que no intentaría sacarme mi secreto. Quizás ella estaba pensando lo mismo, porque de pronto se paró y me abrazó, y yo la abracé justo en el descanso de la escalera. Luego seguimos bajando hasta llegar al patio.



Más tarde, mientras estaba en mi lugar, empecé a pensar otra vez en mi criatura misteriosa. Isabel dice que parecía que estaba soñando.

En cualquier caso, el hecho es que mi pera estaba apoyada en mi mano y mi codo estaba encima de la mesa.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero debió ser bastante. De pronto me di cuenta de que estaba en clase. Y entonces noté algo muy gracioso. ¿Saben qué?

Mi brazo se había dormido.

Todavía sigo sin entender qué pasó. Si yo no estaba durmiendo, ¿cómo es posible que una parte de mí estuviera dormida?

Seguro que estaba dormido. No podía utilizarlo. No era nada más que una cosa

que estaba colgando de mí hombro. Ni siquiera podía sentirlo: era sólo un suave hormigueo.

¿Les pasó, alguna vez, a ustedes, que se les durmiera el brazo? ¿No es muy extraño? ¡Es como si ya no te perteneciera!

¿Cómo es posible que una parte tuya no te pertenezca? ¡Todo vos sos tuyo!

Pero ven, eso es lo que me confunde. O mi cuerpo y yo somos lo mismo o no lo somos.

Si mi cuerpo y yo somos lo mismo, entonces mi cuerpo no puede pertenecerme.

Y si mi cuerpo y yo somos diferentes, entonces ¿quién soy yo?

Esto empieza a sonar como si yo fuese una especie de criatura misteriosa. Después, cuando se lo estaba contando a Isabel, me dijo:

-Pixi, te preocupás demasiado. Mirá, no hay ningún problema, tu cuerpo te pertenece a vos y vos pertenecés a tu cuerpo.

-Claro -dije yo-, pero ¿pertenezco yo a mi cuerpo de la misma manera que mi cuerpo me pertenece a mí?



Miré a Bernardo, me hubiera gustado poder hablarle de mi brazo dormido. Pero sabía que hubiera sido una pérdida de tiempo. Bernardo no me iba a contestar. Él no habla con nadie.

Hace muchos años que Bernardo no habla. Le preguntamos al señor Méndez si Bernardo tiene algún problema, pero dijo que no, que simplemente no quiere hablar.

Yo traté de hablar con Bernardo, de verdad. Fui hasta donde estaba y me senté a su lado. Le dije:

-Bernardo, mi brazo se acaba de quedar dormido.

Él me miró un momento y después miró para otro lado.

Entonces, le dije:

-Da la sensación de que está hecho de goma, como si no fuera para nada mi brazo.

Él seguía mirando para otro lado. En ese momento, le dije:

-¿Qué te parecería si tu brazo diera la sensación de estar hecho de goma?

Fue entonces cuando se dio vuelta y me miró. Se quedó mirándome, con esos ojos que parece que te atraviesan cuando te miran. Entonces me levanté y volví a mi asiento.

Isabel dice que Bernardo tiene ojos de lobo. No sé cómo puede ser eso.

Es como mi mamá que me dice todo el tiempo que tengo la boca de mi papá.

Es como la pregunta anterior: ¿cómo puede una parte de mí pertenecer a otro?

Capítulo 2

–Isabel –dije–, ¿cómo puede Bernardo inventarse una historia sobre una criatura misteriosa si él nunca dice nada?

–Bueno, claro que puede inventarse una historia –respondió Isabel–, pero no va a hablar de ella. Se va a quedar pensándola hasta que la escriba.

–¿Es ésa la clase de cosas que ocupan su mente todo el tiempo? –pregunté–. ¿Se cuenta a sí mismo historias que él mismo inventó?

–Quién sabe –contestó Isabel–. Con Bernardo todo es posible.

Me gusta Isabel. Es exactamente igual que yo en todas las cosas que me gustan de mí. Y es diferente de mí en todas las cosas que no me gustan de mí.

Su pelo y sus cejas son del negro más negro, y sus ojos son del mismo color almendra de los árboles que crecen alrededor del patio.



Aquella noche, en la cena, les conté a mi papá y mi mamá lo de la visita al zoológico y les dije que teníamos que inventar historias sobre criaturas misteriosas. Pero no les dije nada de mi secreto.

Tampoco le dije nada a Miranda. Sólo porque sea mi hermana, porque tenga dos años más que yo y porque compartamos la misma habitación, no tengo por qué contarle todo.

Además, ¿alguna vez me mostró ella ese libro en el que se la pasa escribiendo cosas? ¿Me deja estar a su lado escuchando cuando su amiga Sandra viene a casa? ¡Todo el tiempo se hablan al oído y se ríen como tontas!

Seguro que delante mío le va a decir a Sandra: “Esperá un momento. Tengo que sacarme de encima a la que ya sabés”. ¡No se imaginan cómo la odio cuando hace eso!

En general nos llevamos bien, excepto que ella siempre ocupa toda la mesa cuando hacemos lo deberes y tengo que empujarla para que se vaya a su lado. A su lado de la mesa, quiero decir.



Sé que quieren que continúe con mi historia. Pero todas las cosas que me pasaron..., bueno, en cierto sentido todas tuvieron algo que ver con la historia que inventé. Por eso es necesario que les hable de esas cosas.

De acuerdo; es posible que algunas veces hable de cosas que no tienen relación con mi historia. Como el hecho de que soy capaz de dar tres "vueltas carnero" seguidas. Eso no tiene nada que ver con mi historia, pero ¿ustedes son capaces de dar tres "vueltas carnero" seguidas?

¡No me miren así! ¿Vieron lo que me obligaron a hacer? Casi me olvido de contarles lo que me sucedió la noche en que Sandra se quedó a dormir y tuvimos que juntar las camas, para que pudiéramos entrar las tres.

Me desperté en la mitad de la noche porque estaba soñando algo muy extraño. En realidad no era algo malo, pero sí misterioso. La luz de la calle que está junto a nuestra ventana no funcionaba, por lo que estábamos completamente a oscuras. De pronto me di cuenta que tenía algo encima de mi pierna derecha. Como supuse que era Miranda, le di un empujón y dije: "Miranda, ¡sacá tu pata de encima!"

Pero la pierna volvió a deslizarse lentamente y se puso en el mismo lugar en el que había estado anteriormente.

La empujé de nuevo, me enojé un poco y le dije: "Miranda, ¡terminála!" Pero la pierna volvió lentamente una vez más. Entonces me senté y la agarré. Parecía hecha de goma. Se doblaba para todos lados. Acerqué su pie a mi cara para poder mirarlo de cerca. ¿Y saben qué? Me pareció muy familiar. De hecho, era igual que mi pie. En realidad, ¡era mi pie! Se me había dormido y eso es lo que me había hecho pensar que era el pie de Miranda.

A la mañana siguiente, cuando se lo conté a Miranda, le pregunté:

—¿Creés que si se me duerme la cabeza, pensaré que es la tuya?

Miranda miró al gato que estaba intentando agarrarse la cola en el suelo de la cocina y me dijo:

—Tomáte el desayuno.

¿Ven? Ésa es la gran diferencia entre Miranda y yo. ¡Para ella las cosas nunca son un problema! No es que se crea que sabe todas las respuestas. ¡Es que simplemente ni siquiera está interesada en las preguntas!



Miranda fue corriendo al baño antes que yo y cerró la puerta por dentro, sólo para dejarme afuera.

Golpeé la puerta con mis puños y le dije:

–Miranda, no es justo. ¡Tengo tanto derecho como vos a usar el baño!

Podía escuchar que se lavaba los dientes, pero paró un momento y me contestó gritando:

–¡Esperá tu turno!

Por la forma en que lo dijo, podría asegurar que tenía la boca llena de dentífrico. Deseé que se lo tragara.

–¡Eh! –grité con todas mis fuerzas–, ¡cerrá la canilla! ¿No te enteraste de que hay escasez de agua?

Seguí dando golpes en la puerta con mi puño. Grité:

–Miranda, no porque tengas once años podés andar dando órdenes a todo el mundo.

Pensé para mí: “Cuando yo tenga once años, ¿a quién voy a poder darle órdenes? ¡A nadie!”

En ese momento me dejó entrar. No porque me tuviera compasión, sino porque ya había terminado.

Si esperaba que le contara mi secreto sobre la criatura misteriosa, ya se lo podía ir olvidando. Por lo menos eso es lo que yo esperaba que ella estuviera esperando.



Eso pasó el martes por la mañana. El miércoles por la mañana no fue mucho mejor.

En el desayuno sólo yo como frutas. Todos los demás de mi familia toman café con leche. Y todo el mundo se mete conmigo.

–Pixi –dice mi mamá–, usá la servilleta. Vas a llenarte de manchas de fruta.

–Pixi –dice mi papá–, no llenés tanto tu plato. Siempre dejás la mitad. Una persona podría vivir con lo que vos desperdiciás.

–Pixi –dice Miranda–, no comás manzanas y bananas antes de tomar el jugo de naranja. Tomá el jugo primero y comé las frutas después.

Mi papá tiene razón: desperdicio comida. Mi mamá tiene razón: soy un asco cuando como. Todo el mundo tiene razón: pierdo el tiempo. Pero Miranda me enferma. ¿Qué importa que coma las frutas después de tomar el jugo?

Hay muchas cosas que están bien y muchas cosas que están mal, pero algunas cosas no parecen estar ni bien ni mal.

Algunas veces me pregunto cómo se pondría Miranda si yo me empeñara en decirle qué zapato tiene que ponerse primero. O que está bien estornudar una vez, pero no dos. O que está bien morderse las uñas de la mano derecha, pero no las de la mano izquierda.

Quizá me invente una buena historia y le diga que la gente que aprieta el tubo de dentífrico por la parte de arriba en lugar de por abajo llega a tener los párpados llenos de pelos.

Párpados llenos de pelos ... ¡guau! ¡Eso sí que es feo!

Capítulo

3

Estaba mirando de reojo a Bernardo y vi a Vanesa que se acercaba y lo agarraba de la mano. Lo llevó al rincón de los libros y se sentaron en un par de banquitos. Ella le hablaba con mucha tranquilidad y él la miraba a los ojos, después a la boca y luego, otra vez a los ojos.

No podía evitar el preguntarme cómo era posible que alguien pudiera dejar de hablar. Yo hablo constantemente: nunca dejo de hablar. Ni siquiera me puedo imaginar cómo sería estar callada todo el tiempo.

Isabel estaba leyendo un libro, pero la interrumpí.

–Isabel –dije–, ¿por qué la gente habla?

Isabel frunció sus labios como si fuera a silbar y dijo lentamente:

–Supongo que si la gente habla es porque quiere que los demás sepan lo que piensa y lo que siente.

–Pero, imagináte que no quiera que los demás sepan lo que piensa y lo que siente –le dije.

Isabel se quedó pensando un momento y luego dijo:

–Entonces, quizás deja de hablar.



Tito me dijo:

–Pixi, vamos a hacer la excursión al zoológico, este miércoles no, el otro, y no puedo imaginar ninguna criatura secreta. ¿Elegiste la tuya?

–¡Claro! –le contesté–. Pero no pensarás que te voy a decir cuál es, ¿no? Es más, no pienso decírselo a nadie.

–No te estoy pidiendo que me lo digas –me contestó–. Pero, ¿no podrías darme una idea? No se me ocurre nada además de gatos, perros, caballos, vacas; pero ellos no están en el zoológico.

No sé por qué lo hice. No pretendía ser mala. Sólo quería divertirme un poco. Quiero decir que Tito se burla de mí algunas veces, y por eso se me ocurrió que era un buen momento para burlarme de él.

–Bueno –le dije–. ¿Por qué no elegís un unicornio para que sea tu criatura misteriosa?

–¿Un unicornio? –preguntó. Se podía ver fácilmente en su cara que nunca había oído hablar de un unicornio–. ¿Qué es eso?

–Es como un caballo, pero tiene un cuerno bastante largo y puntiagudo que le sale del medio de la frente.

–¡Buenísimo! Muchas gracias, Pixi –dijo Tito–. Evidentemente necesitaba ayuda.

Pensé para mí: “Ya vamos a ver cuando intente encontrar un unicornio en el zoológico. Me encantaría ver su cara cuando descubra que ese animal no existe”.



Era el miércoles por la noche. Me quedé pensando en la excursión al zoológico, en Isabel, Tito, Bernardo y Vanesa, y no podía dormirme. Supongo que estaba apretando mi lengua contra los dientes cuando de repente me di cuenta de que se me movían dos dientes.

De hecho se movían tanto que podía meter la punta de mi lengua, entre los dientes y la encía. Me levanté de un salto de la cama y salí corriendo por el pasillo.

–¡Mamá, mamá! –grité–. ¡Todos mis dientes se están cayendo!

Mi mamá hizo algo parecido a un gemido y me contestó:

–Claro, mi amor. Son tus dientes de leche. Ya perdiste muchos. Con el tiempo se te van a caer todos.

En ese momento empecé a lloriquear.

–Mamá –dije–, ¿qué pasaría si se me cayeran todos los dientes de leche y no me salieran dientes nuevos?

Antes de que mi madre pudiera contestar, mi papá dijo:

–Te pondremos dientes postizos.

Traté de imaginarme mirándome en un espejo: ¡nueve años y con dientes postizos!

–Papá –dije entonces–, ¿cómo sabe un diente cuándo tiene que caerse?

–No lo sabe –dijo–. Es empujado.

–¿Por quién? ¿Por mi lengua?

–No, por el nuevo diente que está creciendo debajo de él.

–¡Papá! –dije después de haber pensado un poco en lo que me había dicho–. Si no me salen otros dientes, ¿podría plantarme algunos, como vos plantás un arbolito? Papá, ¿no echarían raíces como un árbol? –le

empujé un poco el hombro porque se estaba quedando dormido—. ¿Podría, papí, eh, podría?

—Dicen que si le arrancás la cola a un lagarto le crecerá una nueva. O que podés plantar una cola chiquita en su cuerpo y le crecerá. O que podés plantar una patita de un lagarto y si al crecer no sigue siendo una pata, puede convertirse en cola.

—Papá —dije—, lo que estás diciendo no tiene sentido. ¿Qué tiene que ver la cola de un lagarto con los dientes de una persona?

—Pixi tiene razón, Rafael —dijo mi mamá—. Las dos cosas no se parecen en nada. De todas formas, ¿es cierto que podés replantar la cola de un lagarto, o es algo que te inventaste?

—No me puedo acordar dónde lo leí —contestó mi papá—. No estoy seguro. Quizás lo inventé.

En ese momento estaba por dormirme y, antes de que pudiera darme cuenta, me había dormido entre mi papá y mi mamá. Y soñé con un lagarto que había perdido su cola y alguien había puesto una pequeña pata en el lugar en el que había estado la cola. Pero la pata no sabía qué ser al crecer. Podía ser tanto una pata como una cola, pero no sabía cuál de las dos. ¡Estaba tan confundida la pobre! Siguió haciéndose más grande y más grande, y sabía que tenía que tomar una decisión muy pronto. Pero era incapaz de decidir qué tenía que ser.

Eso es todo lo que puedo recordar de mi sueño.



Después de la escuela me fui con Isabel a su casa. Vive en un departamento en el piso diez. Como apreté todos los botones, el ascensor paraba en todos los pisos. Eso hizo que todo el mundo tuviera que esperar y cuando alguno subía al ascensor parecía estar muy enojado. No creo que lo vuelva a hacer.

Las únicas personas que estaban en casa de Isabel eran su mamá y su hermana, Coca, que todavía no va a la escuela. Coca me dijo:

—¡Hola, Pixi! Vamos a ir a la casa de la abuela para Año Nuevo.

Año Nuevo me parecía algo muy lejano, pero le contesté:

—¡Qué bien! ¿Quién más va a estar, además de tu abuela?

Coca pareció algo confundida y miró a Isabel en busca de ayuda.

—La familia —dijo Isabel.

Así que Coca repitió:

—La familia.

—¿Como quiénes? —pregunté—. ¿Tus tíos y tus tías?

—Claro —contestó Isabel—. Y mis primos. Van a estar todos.

—Y la familia —dijo Coca.

–No, Coca –dijo Isabel riéndose–. No digas “y la familia”. La familia no es algo *además* de nosotros, la abuela, los primos y los tíos.

Coca le clavó la vista a Isabel. Estoy segura de que no podía entender lo que Isabel estaba diciendo.

–Dejáme intentar a mí –dije–. Coca, cuando todos tus parientes están juntos se llaman tu “familia”.

–¡Ah! –dijo Coca inmediatamente–: ¿Y cuando no están juntos? ¿Siguen siendo mi familia?

–Por supuesto –dijo Isabel.

–Entonces, ¿mi familia está hecha de personas que tienen un parentesco conmigo? –preguntó Coca.

–Eso es. Todos tus parientes y solamente tus parientes –le contesté.

–¿Vos también tenés una familia? –me preguntó mientras me miraba.

–Por supuesto –dije–. Todas las personas de mi familia son mis parientes, así como todas las personas de tu familia son tus parientes.

–¿Son tus tías, tus tíos, tus primos?

–Sí –dije.

–Pero ¿ellos son diferentes de mis parientes?

–Seguro.

–¿Eso quiere decir –preguntó Coca, empujándome la mejilla con su dedo– que todas las familias son semejantes, pero que tienen personas diferentes?

Miré a Isabel y ella me miró a mí. A continuación, Isabel suspiró y miró a Coca.

–Me imagino que lo que querés decir es que las personas de diferentes familias son diferentes, pero que las relaciones entre ellas son las mismas.

Coca hizo una mueca con su boca, y en su frente aparecieron unas suaves arrugas.

–Mirá, Coca –le dije–. Vos sos hija de *tu* mamá y yo soy hija de *mi* mamá. Las cuatro somos personas diferentes, pero vos y yo somos las dos *hijas*.

–¿Ves? –agregó Isabel–. Pixi tiene una relación madre-hija en su familia, y nosotras tenemos una relación madre-hija en nuestra familia.

Coca no sonrió. Miró primero a Isabel y después a mí. Nos miró con mucha atención, como si estuviera estudiando nuestros rostros para descubrir lo que queríamos decir.

–¿No te das cuenta, Coca? –dijo Isabel riéndose–. Nosotras somos miembros de nuestra familia y Pixi de la suya.

Durante unos momentos nadie dijo nada. Entonces Coca preguntó:

–Si toda la familia va a estar para festejar Año Nuevo, ¿estarán ahí también sus miembros?

Capítulo 4

A la mañana siguiente, mi mamá estaba haciendo tostadas de espaldas a nosotras. Estaba a punto de comerme una cuando me detuve a mirar a Miranda mientras comía. Al principio, Miranda trató de no prestarme atención, pero no pudo aguantarse.

–¡Mamááá! –gritó–. ¡Me está mirando otra vez! ¡Decíle que deje de mirarme!

–Dejá de molestar a tu hermana, Pixi –dijo mi mamá sin darse vuelta. Yo seguí mirándola; pensé que no estaba haciendo nada; sólo mirando.

Entonces Miranda me dio una patada en la pierna, justo abajo de la rodilla. En realidad no me lastimó, pero de todas formas grité, lloré y pataleé. Mi mamá se dio vuelta y retó a Miranda. Aunque me sentí mejor por eso, seguí quejándome igual.

–Siempre me está molestando, má –dijo Miranda.

Estaba sentada en el suelo, agarrándome la pierna, y mi mamá se sentó al lado mío, me miró a la cara y me agarró las manos.

–¿Por qué, Pixi? Decíme por qué.

–¿Por qué, qué? –dije sin dejar de lloriquear.

–¿Por qué no podés llevarte bien con tu hermana?

–¿Por qué no le preguntás a ella por qué no puede llevarse bien conmigo?

–¿Es por algo que ella te hizo?

No sé cómo, pero cuando mi mamá me hizo esa pregunta me pareció recordar algo que había olvidado durante mucho, mucho tiempo.

Casi grité:

–¡Claro que me hizo algo! –y señalé a mi hermana con el dedo, mientras ella me miraba como si no tuviera ni la menor idea de lo que me hacía estar tan enojada.

–El año pasado –dije–, ¿te acordás cuando Marcela, la vecina, le hizo una fiesta a Edith? Bueno, ella le dijo a Miranda que me invitara, y Miranda fue tan mala que ni

siquiera me lo dijo. Yo recién lo supe el día siguiente. Cuando por fin me enteré de la fiesta, me encerré en el ropero de tu pieza y me quedé ahí, sentada en el suelo entre los zapatos, durante dos horas. Tus zapatos se empaparon con mis lágrimas.

Miranda parecía muy sorprendida.

–¿Fue eso lo que pasó, Miranda? –dijo mi mamá.

–¡No! –contestó Miranda–. Edith preparó una invitación para cada una. Iba a venir a traerlas y a dárnoslas personalmente. Pero justo me encontró a mí en el camino un día antes de la fiesta y me dio mi invitación. Estuvimos hablando un rato y se olvidó de lo que tenía que hacer, y entonces se volvió a su casa sin traerle la invitación a Pixi. No se dio cuenta de su error hasta dos noches después y, como le dio vergüenza explicarle a Pixi lo que había pasado, prefirió no decir nada.

–¿Ves, Pixi? –fue todo lo que dijo mi mamá mientras me miraba.

No dije nada. Tampoco quería pensar que había sido sólo un accidente. Era mucho más fácil pensar que Miranda había tenido la culpa.

–Ella es tu hermana –dijo mi mamá–. Y vos sos la suya.

–No quiero ser su hermana –susurré–. Preferiría tener a Isabel como hermana.

–Tenemos que ser hermanas, porque poseemos los mismos padres –dijo Miranda inmediatamente–. No te vendría nada mal estudiar un poco qué son las relaciones familiares.

Me quedé un rato sentada, sosteniéndome la cara con la mano y haciendo pucheros.

–¿Qué importancia tiene? –dije, por fin–. Si algo no se puede ver o tocar, entonces no puede ser real. Todo el mundo sabe que no se pueden ver ni tocar relaciones. Eso quiere decir que no pueden ser reales.

–¡Mamá, escuchá lo que está diciendo Pixi! –gritó Miranda–. ¡Dice que la gente no puede ver relaciones! Pero cualquiera puede ver que yo soy más alta que ella, y “ser más alta que” es una relación. Y cualquiera puede ver que estoy cerca tuyo, y “cerca de”, ¿no es acaso una relación?

–La gente es real –dije poniéndome de pie–, y las cosas son reales, pero las relaciones sólo están en nuestra mente.

–¿Por qué estás tan segura de eso, Pixi? –preguntó mi mamá.

–Porque nadie puede mirarme y decir si soy o no la prima de alguien o si soy o no sobrina de alguien, mientras que les basta con mirarme a mí para decir que soy bajita y flaca.

–No estoy tan segura de que no se puedan ver las relaciones familiares –dijo mi mamá–. Ya sabés que siempre te digo: “Sos hija de tu padre, tenés su boca”.

–Sí –contesté–. Y papá dice que tengo tus ojos. ¿Y Miranda? Papá dice que Miranda tiene sus ojos y tu boca. ¿Cómo es eso posible?

–No es necesario que todos nos parezcamos para ser de la misma familia –respondió mi mamá.

–¡Mamá! –dijo Miranda arrugando la nariz– ¿Tiene razón Pixi cuando dice que algo no puede ser real si no lo podemos ver o tocar?

–Supongo que depende de lo que queremos decir con “real” –dijo mi mamá.

–¡Mamá! –dije yo–. ¿Por qué no podés decir simplemente quién tiene razón y quién está equivocada?

–¿Es necesario que una de las dos tenga razón y la otra esté equivocada? –contestó mi mamá con un tono de voz medio raro, como si se hiciera la pregunta a sí misma en voz alta.

Todavía estoy intentando saber lo que quiso decir con eso.



Ya lo sé. Quieren que vuelva a mi historia acerca de la excursión al zoológico. La historia que la excursión al zoológico me hizo pensar.

Pero eso es lo que yo llamo mi “historia misteriosa”. No puedo decirles de qué se trata en este momento. Quizá nunca se la cuente a ustedes. ¿Creen que pueden adivinar de qué se trata mi “historia misteriosa”? Estoy segura de que nunca lo van a adivinar.

Además, aunque lo adivinaran, no les diría nunca si tienen razón. ¡Ahí tienen!

Más adelante, si no les cuento “mi historia misteriosa”, quizá les explique la razón de no contarla.

Pero ahora vamos a volver a la historia de cómo llegué a inventarme mi historia misteriosa.



¡Ah! Me olvidé de mencionar algo. Cuando Miranda me dio una patada porque dijo que yo la estaba mirando, mi mamá la retó y le dijo:

–¡Miranda, eso no es una excusa para pegarle!

–Mamá, sí que es una excusa –dije–, pero sólo una excusa.

–Pixi –me contestó mi mamá–, me parece que si tenés una excusa para hacer algo es porque tenés una buena razón para hacerlo.

–Pero, mamá –repliqué–. Si en la escuela me lastimo un poco el dedo y le digo al maestro que me lastimé y que necesito que me dejen ir a casa, todo el mundo sabe que estoy utilizando la herida del dedo como una excusa. Una excusa no es una buena razón... es una mala razón.

–Pixi –dijo Miranda–, ¿tenés que discutir por todo?

–No estoy discutiendo. Sólo estoy haciendo preguntas. ¿Es eso un crimen?

Fue entonces cuando Miranda dijo que siempre estaba tratando de molestarla. ¡Como si alguien fuera a creer esa excusa para darme una patada!



Me senté encima de mi papá y me probé sus anteojos. Como no podía ver absolutamente nada, se los volví a poner encima de la nariz. No dijo ni una sola palabra; solamente miraba por encima de los anteojos. Y Miranda estaba allí, de pie con sus manos en la cintura, mirándonos.

–Me enteré de que van a hacer una excursión al zoológico –dijo mi papá.

–Papá, ¡te lo conté cien veces! Te olvidaste de todo lo que te conté.

–No, no me olvidé –me contestó–. Tenés que pensar en una criatura misteriosa. Y tenés que inventarte una historia misteriosa sobre algo que la excursión al zoológico te haya hecho pensar.

–¡Papá! –le dije, dándole un abrazo gigante–. ¡Sos espectacular! Ahora me imagino que querrás que te diga cuál es mi criatura misteriosa.

–No, si se trata de un secreto. No vas a poder contarme tu historia hasta después de que hayas visitado el zoológico.

–¡Pobre papi! –dije mientras le daba otro abrazo.

–¿Por qué “pobre papi”? –me preguntó.

–Porque pensás que tengo que esperar hasta después de que suceda la excursión al zoológico para inventar una historia sobre lo que la excursión al zoológico me hace pensar.

–¡Aaah! ¿Qué es lo que la excursión al zoológico te hace pensar?

–A mí me toca saberlo y a vos descubrirlo –le dije–. Pero te voy a decir algo... te voy a dar una pista. Todo esto me hizo preguntarme por la diferencia entre los animales que piensan y los que no piensan. Y me hizo preguntarme cómo empieza el pensamiento, o de dónde viene.

–¡Ah! ¿Nada más? ¡Bien! Estoy seguro de que no vas a tener ningún problema para inventarte una historia sobre eso.

Sólo me ref. No le dije que ya tenía mi historia completamente inventada.

Fue entonces cuando el gato pasó corriendo por la habitación. Me bajé rápidamente de las piernas de mi papá, le grité al gato, y lo perseguí por toda la casa. Cuando volví, mi papá dijo:

–Pixi, ¿por qué gritás tanto? ¿Me ves a mí alguna vez corriendo por la casa y gritando como vos?

–No –le contesté–. Pero, ¿lo hacías cuando tenías mi edad?

–Supongo que lo hice. Pero eso no significa que sea correcto.

–Ya lo sé. Sólo porque vos una vez lo hiciste no es una excusa para que yo lo haga. Sin embargo...

–Sin embargo..., ¿qué? –me preguntó.

–A lo mejor, si no estaba mal para vos entonces, tampoco está mal para mí ahora. Eso es todo –dije.

Capítulo 5

–Miranda –dije después de que nos acostamos y apagamos la luz-, ¿a dónde se va la luz cuando apagás la lámpara? Nosotros decimos que la luz “se va”, pero en realidad, ¿a dónde se va?

–Se va a dormir –dijo Miranda–, y eso es lo mejor que podés hacer.

–Miranda, estoy hablando en serio –insistí–, ¿a dónde se va?

–Se va al lugar de donde viene la oscuridad. Ahora dejáme tranquila.

–¿Querés decir que la oscuridad viene del “espacio exterior”, como E.T. y otras cosas por el estilo?

Como no me contestaba, agregué:

–Sabés que no creo en esas pavadas.

–Primero no creés en relaciones –Miranda se dio vuelta y me miró en la oscuridad–. Ahora no creés en el espacio. ¿Hay algo en lo que creas?

–¡Qué exagerada! Sólo porque me pregunto acerca de algo, enseguida me decís que no creo en eso. Siempre me cargás por todo.

Y después de decir eso, me di vuelta y me puse a dormir, pero antes me dije: “¡El espacio! No es más que una palabra. Sólo es vacío. La gente habla del espacio como si fuera algo, pero en realidad no es nada”. Y agregué: “Miranda puede quedarse con sus relaciones y con su espacio: yo me quedo con mi criatura misteriosa, mi historia misteriosa y todos mis otros misterios”. Yo no sabía cuáles eran mis otros misterios, pero supuse que Miranda nunca se daría cuenta.



A la mañana siguiente me quedé en la cama mientras Miranda se vestía.

–Sería mejor que te apuraras y te vistieras –me dijo–. ¿Qué te pasa?

–Nada –contesté–. Sólo estoy pensando.

–Podés pensar y vestirse al mismo tiempo.

–Estoy pensando –dije, haciendo como si no la hubiera escuchado– cómo, en este preciso momento, en toda la ciudad, todo el mundo se está levantando de la cama, vistiéndose, desayunando y preparándose para ir a la escuela. En este preciso instante, es muy probable que Isabel se esté lavando los dientes, Vanesa esté comiendo una tostada y Bernardo esté atándose los cordones de los zapatos. Y aquí estoy yo, tirada en la cama, pensando en ellos.

Miranda me miró con una extraña sonrisa y dijo:

–Entonces, ¿yo estoy cerca de vos y ellos están lejos de vos?

–¡Ajá! –afirmé.

–Bueno, “cerca de” y “lejos de” son relaciones. No sólo eso: son relaciones espaciales. Además, es más tarde de lo que vos creés, “más tarde que” es una relación temporal, y si no te levantás ahora mismo se lo digo a mamá.

–¡El tiempo! –le grité–. Es como el espacio. Es sólo una palabra.

–Mirá, Pixi –me dijo Miranda sin levantar mucho la voz–, es tarde y la escuela está lejos. Cuando hablamos del tiempo queremos decir antes y después, más pronto o más tarde. Cuando hablamos del espacio queremos decir lejos y cerca. ¿Sí?

Fue como si se hubiera encendido una lamparita en mi cabeza.

–¡Ah! –dije–. Ahora veo lo que querés decir. Ahora entiendo de qué están hechos el espacio y el tiempo. El espacio consiste en relaciones espaciales y el tiempo en relaciones temporales. ¿No eso lo que me querés decir?

–No lo sé –fue todo lo que contestó Miranda–. ¿Por qué no se lo preguntás al señor Méndez? Si es que lográs llegar a su clase esta mañana, claro.



–Señor Méndez, ¿qué es una relación?

–¡Hmmm! –pareció decir el señor Méndez mientras se quedaba pensando–. Supongo que podríamos decir que es una conexión. Pero tal vez sea mejor que le preguntemos a los demás qué son las relaciones.

–Hay relaciones familiares –dijo Isabel–. Son las que conectan a unas personas con otras en una misma familia. Por ejemplo, si dos personas son hermanas, ésa es la relación entre ellas.

–Los números tienen relaciones –dijo Roberto–. Un número puede ser más chico que otro. O puede ser mayor. O pueden ser iguales.

–No pueden existir dos números iguales –dijo Carla–. Serían el mismo número.

–Las palabras se conectan con otras palabras –dijo Julia–. Quiero decir que en las oraciones los sujetos se unen con los verbos, como en “Los perros ladran”.

–Las cosas tienen relaciones –dijo Tito–. Hay una relación entre la rueda y el coche, o entre un dedo y la mano, o entre una puerta y una casa.

–¡Ya sé, ya sé! –exclamó entonces Roberto, mientras levantaba la mano y la movía para llamar la atención–. Hay relaciones entre las palabras y las cosas. La palabra “montaña” tiene una relación con todas las montañas que existen. Y la palabra “China” tiene una relación con el país, China.

El señor Méndez, esperó callado un rato, pero nadie dijo nada más. Entonces, agregó:

–Muy bien, chicos. Pixi, ¿te ayuda en algo esto?

–Fueron buenos ejemplos –contesté–, pero sigo queriendo saber qué son las relaciones.

–¿Qué te dije que eran? –me preguntó, mientras se pasaba la mano por su cabello.

–Nadie me dice nada. Todo lo tengo que resolver por mí misma –le dije y lo miré poniendo la expresión más triste que pude poner.



Parecía que Bernardo no quería irse a su casa. Eso fue lo primero que pensé, pero después me di cuenta de que él estaba pensando en algo. Me miraba fijamente. Todos se habían ido y en el aula sólo nos quedamos Bernardo, el señor Méndez y yo.

Entonces Bernardo se acercó al pizarrón y escribió esto:



–¡Ah, Bernardo! –dije–. Creo que sé qué quieres decir. Es como dijo Roberto. Existe la palabra “montaña” y existe también la montaña misma. La flecha representa la relación que hay entre la palabra y la cosa.

Bernardo sonrió. No recuerdo haberlo visto sonreír nunca antes. Después volvió al pizarrón, agarró la tiza otra vez y escribió:

–Bueno –dije–, ¿no es posible que, de la misma manera que el espacio y el tiempo están formados por relaciones, nuestras mentes estén formadas por las palabras y las ideas que representan esas relaciones?

–Es una linda analogía, Pixi –dijo el señor Méndez.

–No lo entiendo. ¿Qué es una analogía?

–¡Dios mío! –dijo mirando su reloj–. ¡Las doce y media! ¡La reunión de maestros empezó hace quince minutos! Pixi, ya te voy a explicar en otro momento qué es una analogía.

Dicho esto, salió volando. Un momento después entró corriendo al aula, agarró un montón de papeles que había encima de la mesa y volvió a salir corriendo. Cuando pasó cerca de mí, lo oí que iba diciendo algo:

–El espacio y el tiempo son relaciones, pero ¿podría la mente ...?

Capítulo

6

Quiero contarles lo que pasó el martes a la noche. Me acuerdo de que me costó dormirme. Y recuerdo que me hacía preguntas como: “¿qué día será dentro de cinco días?”, “¿qué día fue hace tres días?” y “¿qué día será dos días antes de dentro de seis días?”

Me acuerdo también de lo que estaba pensando justo antes de dormirme: “Si hoy es martes, mañana será miércoles. Y si mañana es miércoles, entonces es el día de la excursión al zoológico.”

Me desperté en la mitad de la noche. Me senté en la cama, con los ojos completamente abiertos. No es que tuviera miedo, como me pasa a veces durante la noche. De repente me acordé: ¡miércoles! ¡La excursión al zoológico! ¡Es hoy!

Miré el reloj que estaba encima de la cómoda. ¡Las cuatro y media de la mañana! ¿Pero cómo iba a volver a dormirme en un día así? Decidí que lo mejor era vestirme.

Miranda todavía estaba dormida. Por lo menos eso creo. Nunca puedo estar muy segura. Muchas veces Miranda cree que yo estoy durmiendo pero no es cierto. Quizás sólo estaba acostada, totalmente quieta, haciendo como que estaba dormida. Pero supuse que, si efectivamente estaba dormida, no sería una buena idea despertarla. Por eso no encendí la luz.

¿Alguna vez intentaron vestirse a oscuras? Déjenme que les diga que no es nada fácil. Por ejemplo, ¿cómo pueden saber de qué color son las medias? Creo que no me había despabilado tanto como había creído, porque me puse el primer par de medias que encontré en el cajón.

Luego empecé a buscar mis zapatos, que dejo siempre debajo de la cama. Tengo dos pares: los nuevos y los de todos los días. Guardo un par al lado del otro.

Primero me puse un zapato en el pie derecho. Funcionó. Después intenté ponerme el otro zapato en el pie izquierdo. ¡Pero no me entraba! Traté de meterlo a la fuerza, pero fue imposible. Entonces, de repente, me di cuenta

de lo que había pasado. ¡Mi zapato izquierdo no me entraba en el pie izquierdo, porque mi pie izquierdo se había convertido en un pie derecho! Debió suceder mientras dormía. Pero ahora me habla quedado con dos pies derechos. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de una persona con dos pies derechos?

Me dije: “¿Cómo voy a ir a la excursión al zoológico hoy si sólo me puedo poner un zapato?” Ya me veía saltando por el zoológico en un pie. Todos iban a creer que era una cigüeña o algo por el estilo. No había nada más que hacer. Iba a tener que cruzar el pasillo, entrar en la habitación de mis padres, despertar a mi mamá y contárselo. Mi mamá tiene el sueño muy profundo.

–¡Mami! ¡Mami! –le susurré mientras le movía el hombro, pero seguía sin despertarse. Le levanté uno de los párpados y lo volví a intentar–. Mami, ¿estás ahí?

Era inútil; no se despertaba. Volví a la habitación y me senté otra vez en el borde de la cama.

Al principio me saqué las medias, pero volví a ponérmelas para intentar ponerme de nuevo los zapatos. La habitación estaba totalmente a oscuras. Decidí empezar con el pie izquierdo. ¡Qué sorpresa! Esta vez el zapato me entraba perfectamente. ¡Estaba tan feliz! ¡No se pueden imaginar lo contenta que estaba! ¡Mi pie había recuperado su forma normal!

Intenté ponerme el otro zapato en el pie derecho y creí que me iba a morir. ¡No me entraba!

Tiré el zapato al suelo y fui corriendo a la habitación de mis padres. Esta vez no susurré.

–¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mis pies están cambiando de forma! ¡Primero se convirtieron en dos pies derechos y ahora en dos pies izquierdos!

Mi papá se despertó y encendió la luz. Mi mamá también se despertó y dijo que todo era una pesadilla, pero mi papá le explicó que seguramente había confundido los zapatos en la oscuridad. También me explicó que la excursión al zoológico no era ese miércoles, sino el miércoles siguiente.

Mientras pasaba todo eso, Miranda siguió durmiendo. ¡Qué increíble cómo duerme!



Néstor trajo a la escuela su helicóptero en miniatura para que pudiéramos verlo.

–Es como los que usa la policía –nos explicaba–, y todas sus partes son exactamente iguales a las de un helicóptero de verdad.

–Sólo que un poco más chicas –dijo Tito.

–Justamente, un poco más chicas –afirmó Néstor.

–Las partes son iguales y también las relaciones que mantienen entre sí –dijo Isabel–. Por eso se llama un “modelo”.

–Los nenes son más chicos que los adultos –dijo Gastón frunciendo el ceño–.

¿Los convierte eso en modelos? Sus cuerpos tienen las mismas partes y las mismas relaciones.

Isabel se rió, pero no contestó.

Tito estaba haciendo un avioncito de papel, dejó de hacerlo un instante y dijo:

–¿Podés tener dos cosas que tienen las mismas relaciones, pero partes diferentes?

Nadie contestó. Todos intentamos pensar en algo, pero no tuvimos suerte. En ese momento, Bernardo, que estaba junto al pizarrón, empujó por casualidad un mapa de América del Sur, que se desplegó.

–Ése es un buen ejemplo –dijo Carla–. Las partes no son iguales. Las ciudades en el mapa son sólo unos puntos, mientras que las ciudades reales están llenas de edificios. Pero las relaciones son las mismas.

–¿En qué sentido? –preguntó el señor Méndez.

Carla no supo qué decir. Se limitó a hacer un gesto.

–¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! –dijo Roberto–. La ciudad de Córdoba está al oeste de la ciudad de Buenos Aires. Y en el mapa, Córdoba tiene la misma relación con Buenos Aires, está al oeste.

–Está a la izquierda –comentó Renato.

–Bueno, en un mapa eso significa “al oeste” –contestó Roberto.

–Señor Méndez –dije–, si se comparan dos cosas que tienen las mismas relaciones, pero diferentes partes, ¿cómo se llama eso?

–Supongo que se llamaría analogía –me contestó–. ¿Puede alguno de ustedes dar otro ejemplo de analogía?

–Bueno –dijo Isabel–. ¿Qué le parece ésta: un ala tiene la misma relación con un pájaro que una aleta con un pez?

–¡Yo! –dijo Julia–. El asa tiene la misma relación con una taza que el picaporte con la puerta.

–La lamparita es a la luz como el fuego al calor –dijo Gastón.

–No te entiendo. ¿Cuál es la relación? –le preguntó Néstor a Gastón.

–Una lamparita da luz del mismo modo que el fuego da calor.

–¡No son lo mismo! –contestó Néstor.

–No tienen que ser iguales, basta con que sean parecidos –respondió inmediatamente Gastón.

–¿Es así? –le preguntó Néstor al señor Méndez–. ¿Las analogías no tienen que ser exactas?

–No –respondió el señor Méndez–. Gastón tiene razón. Las relaciones que estamos comparando no tienen que ser exactamente iguales. Basta con que sean similares.

–Pero podrían ser exactamente iguales, ¿verdad? –dijo Néstor.

–Por supuesto –aclaró Roberto, que estaba siguiendo la discusión–. Supongamos que digo: “dos es a cuatro como cuatro es a ocho”. Las relaciones serían exactamente iguales. En ambos casos es la mitad.

Me dije: “¿Ves Pixi? Gracias a lo que oíste ya sabés en qué consiste una analogía. Si nunca hubieras venido a la escuela, ¿cómo sabrías en qué consisten las cosas que hacés desde hace tanto tiempo?”



Al día siguiente, a la hora de la comida, Isabel y yo nos encontramos con Carla y Gastón cuando salían del comedor.

–¿Qué hay para almorzar hoy? –les preguntamos.

–Arroz con pollo –dijo Carla.

–¿Y de postre? –pregunté.

–Fruta –contestó Gastón.

Isabel y yo nos fuimos a una mesa en el rincón. En ese momento apareció Bernardo y nos sentamos con él.

–Bernardo, seguro que odiás el arroz con pollo –le dije.

Sólo estaba intentando entablar una conversación, pero a él no parecía importarle.

Cuando nos sirvieron la comida, Isabel y yo empezamos a comer, pero Bernardo no. Era como si tuviera que esperar y pensar durante un rato antes de comer.

Durante la comida le conté a Isabel la conversación que habíamos tenido Bernardo y yo con el señor Méndez después de clase y le dije que habíamos estado hablando sobre las relaciones.

–A mí me encantan las comparaciones –dijo Isabel–. Y cada vez que hacés una comparación estás señalando una relación.

Bernardo tenía la boca llena de arroz con pollo.

–No te entiendo –le dije.

–Quiero decir que si yo digo: “Carla corre más rápido que Julia”, estoy hablando de una relación, porque estoy comparando a Carla y a Julia en lo que se refiere a la velocidad.

–¡Ah! Ya entiendo. Si yo digo que “el comedor es más grande que mi habitación”, estoy comparando dos habitaciones en términos de tamaño.

Bernardo se metió la mano en el bolsillo y sacó un lápiz muy gastado y un pedazo de papel. Mordisqueó durante un rato la goma de borrar de su lápiz y luego escribió: “Esta mañana fue tan larga como el Amazonas”.

Me comí hasta el último grano de arroz y dije:

–Bernardo, parece que no entendés. No podés comparar la mañana con un río, son dos cosas totalmente diferentes: una tiene que ver con el tiempo, y la otra... la otra con el espacio.

–Pero los dos son largos... –dijo Isabel después de un momento.

–Claro –dije yo–. Pero de forma diferente.

Cuando volvimos a clase, le contamos al señor Méndez la conversación que habíamos tenido en el comedor.

–A ver si puedo ayudarlos –dijo el señor Méndez–. Cuando comparamos el helicóptero de Néstor con un helicóptero de verdad, ¿qué fue lo que dijimos?

–Dijimos que el helicóptero de Néstor era un modelo –contestó Isabel–. Las partes de los dos helicópteros eran iguales y tenían las mismas relaciones.

–De acuerdo –dijo el señor Méndez–. ¿Y qué dijimos del mapa de América del Sur?

–Como sólo tenía las mismas relaciones que América del Sur, lo llamamos una analogía –contesté yo.

–Pero usted nos dijo que había relaciones exactas –dijo Isabel–. Por ejemplo, si yo digo que en la clase hay dos chicos por cada tres chicas, ¿cómo se llama eso?

–Eso se llama una proporción –dijo el señor Méndez–. El ejemplo que vos diste sería una proporción de dos a tres. Y podemos usar proporciones en las analogías. Por ejemplo, podríamos decir que dos es a tres tal como cuatro es a seis.

Después me di vuelta, dirigiéndome al señor Méndez:

–Señor Méndez, ¿qué pasa cuando se dice que dos cosas son similares, pero en realidad se sabe que son dos cosas diferentes que sólo son similares en algún sentido?

–Bueno –me contestó–, eso es lo que estaba haciendo Bernardo cuando escribió la frase: “La mañana fue tan larga como el Amazonas”. Bernardo quería decir que la mañana y el Amazonas eran similares con respecto a la longitud.

–¿Cómo llamamos a algo como eso? –preguntó Isabel.

–Un símil. Se seguiría diciendo que es un símil aunque sólo hubiera escrito: “la mañana fue como el Amazonas”.

–Pero supongamos –dije yo– que alguien toma dos cosas diferentes y dice que una de ellas es la otra. Por ejemplo, supongamos que digo: “Juan es un cerdo”. No sólo “Juan come como un cerdo”, porque ya sé que eso sería un símil, sino “Juan es un cerdo”. ¿Qué sería eso?

–Eso es lo que llamamos una metáfora –dijo el señor Méndez.

Bernardo se fue hacia el pizarrón y escribió: “Modelos, analogías, proporciones, símiles y metáforas ¡basta por hoy!”

–¡Sí, basta! ¡Fue demasiado! ¡Y también basta de Bernardo por hoy! –dijo Isabel, mirándome a mí.

Bernardo no le dio importancia a lo que había dicho Isabel y se dio vuelta hacia el pizarrón. Me pareció que se reía.



Un poco antes de cenar dije que tenía ganas de acostarme tarde y me contestaron que de ninguna manera. Así que me dio un ataque.

Después de la rabieta seguía de mal humor. Me senté a la mesa con la cara roja y sin querer hablar con nadie.

Tampoco quería comer nada; lo único que quería era que todos se sintieran mal.

–Hay chicos en todo el mundo que están pasando hambre –dijo Miranda–, y vos despreciás un riquísimo plato de ñoquis. Evidentemente, no tenés idea de la suerte que tenés.

¿Y qué pasaría si fuera evidente? ¿Acaso el que algo sea verdadero es una razón suficiente para que yo tenga que prestarle atención?

–¿Qué tal te fue hoy en la escuela, Pixi? –dijo mi papá, intentando cambiar de tema.

Esa pregunta me hizo sentir peor, porque había tenido un día muy bueno en la escuela.

–Aprendimos lo de los modelos –dije entre dientes.

–¿Te referís a la gente que se saca fotos para las tapas de las revistas? –dijo mi papá, intentando hacer un chiste.

–¡Papá! ¡Ese tipo de modelos no! Me refiero a maquetas de aviones, de monstruos. También aprendimos algo acerca de las metáforas, las analogías, los símiles.

–¡Ah! ¿en serio? –me dijo–. ¿Cómo es eso? Contáme todo lo que esas grandes palabras significan.

–Bueno, cuando decimos que algo es alguna otra cosa, se trata de una analogía. Cuando decimos que algo es parecido a otra cosa, es una metáfora. Y cuando comparamos las relaciones en una cosa con las relaciones en otra, eso es un símil.

¿Alguna vez mientras estaban hablando tuvieron la impresión de que todo lo que decían estaba mal? Así me sentí cuando le estaba explicando a mi papá lo que había aprendido. No dijo nada, sólo fue como si se le hubieran atragantado un poco los ñoquis. Y mamá se levantó para sacar un poco de ensalada de la heladera.

Pero Miranda me hizo pasar un mal momento y tuve que discutir con ella durante toda la cena. Cuando sabés que no tenés razón, discutir con otra persona no es nada divertido. Es el doble de malo cuando la otra persona utiliza tus propias ideas para demostrarte que no sabés de qué estás hablando.

–Pixi, sos como un burro en chiquito –me dijo para terminar de molestarme.

¡Y encima yo le había explicado qué son las metáforas!

Capítulo 7

El sábado a la tarde, mi papá y mi mamá tenían que ir a visitar al jefe de mi papá, que estaba en el hospital. Dijeron que no querían llevarnos a Miranda y a mí con ellos y nosotras dijimos:

–¡Buenísimo! ¡Nos vamos a quedar en casa! De todas formas, no queríamos ir.

–Recuerden que se van a quedar solas en casa y que no quiero que dejen entrar a nadie. ¡Es una regla que no deben romper! –dijo mi mamá, mientras se iban.

Nos dijeron que volverían en dos o tres horas. Papá me dio una palmada en la cabeza y se fueron.

Me puse a bailar alrededor de la mesa de la cocina.

–¿Qué te pasa? –me dijo Miranda.

–¡Somos libres! –aullé–. ¡La casa nos pertenece!

–Estás loca –dijo Miranda–. No cambió nada. Sabés muy bien que hay reglas de la familia que se mantienen iguales, estén o no papá y mamá.

–¡Libres, libres, libres! –canté–. ¡Libres, libres, libres! ¡Todo es posible!

–¡Sos insoportable! –me dijo Miranda mientras arrugaba la nariz como hace siempre.

–Voy a ir directamente al ropero de mamá y papá y me voy a poner todos los zapatos que encuentre.

–El ropero te va a comer y vas a desaparecer –dijo Miranda–. Quizás eso sea lo mejor.

En ese momento llamaron a la puerta. No saqué la traba, sólo pregunté a través de la puerta quién era.

–Somos Isabel y Coca, Pixi –dijo Isabel desde el otro lado de la puerta.

–Pixi, ya oíste lo que dijo mamá –dijo Miranda–. Se supone que no tenemos que dejar entrar a nadie. ¡Las reglas son las reglas!

–Pero mamá no quiso decir que no dejáramos entrar a personas conocidas –insistí.

–Conocemos a muchas personas que mamá no querría que dejáramos entrar –dijo Miranda.

–No te preocupes por nosotras, Pixi –dijo Isabel, que seguía sin poder entrar–. Pasábamos por acá y pensamos en subir a saludarlas. ¡Nos vemos mañana!

No tenía ganas de discutir con Miranda. Por eso me fui al ropero de mamá y me senté en el suelo, entre sus zapatos, y estuve pensando en mis historias y en mi criatura misteriosa. Pensé para mí: “¡Se dan cuenta! Éste es el único lugar en el que puedo ser libre de ser yo”.



Me las arreglé para pasar el domingo, el lunes y el martes. Por fin el miércoles estaba por llegar, el verdadero miércoles, el real, el auténtico, ¡el miércoles del día de la excursión al zoológico!

Todo el mundo estaba intentando adivinar la criatura misteriosa de los demás. Isabel y yo estábamos sentadas justo detrás de Bernardo, pero él no sabía que estábamos sentadas ahí. Entonces, abrió su libro, le dio una ojeada y volvió a cerrarlo inmediatamente, pero tuve tiempo de ver una postal que tenía dentro del libro, una postal con la foto de un animal. Era la foto de una jirafa.

Agarré a Isabel de un brazo y nos alejamos un poco.

–Ésa debe ser la criatura misteriosa de Bernardo –le dije a Isabel en el oído–. ¿A quién le puede tener interesar una jirafa fea, vieja y con un cuello tan largo?

–Pixi –dijo Isabel–, ¿qué te importa? No es asunto nuestro.

En ese momento, Néstor, que siempre me está cargando, me llamó desde el otro extremo del aula.

–¡Eh! ¡Pixi! Ya sé cuál es tu criatura misteriosa. Es un mam...

Grité con toda la fuerza de mis pulmones y se calló inmediatamente, muy sorprendido y sin terminar la frase.

–¿Qué es lo que está pasando acá? –dijo el señor Méndez bastante enojado.

–Él... él lo dijo –fue todo lo que pude decir, porque me había quedado sin poder hablar.

–Sólo estaba intentando hacerle una broma, señor Méndez, de verdad –dijo Néstor–. Le iba a decir a todo el mundo que la criatura misteriosa de Pixi era un mamut, porque todo el mundo sabe que no existen más los mamutes... que se extinguieron.

No se imaginan lo bien que me sentí cuando Néstor dijo lo del mamut. Pero ahora no puedo explicarles *por qué* me sentí tan bien.

–Parecía muy divertido descubrir cuál era la criatura misteriosa de Bernardo, pero no fue nada divertido cuando pensé que Néstor había descubierto cuál era la mía –le comenté a Isabel.



–Señor Méndez, después, cuando lleguemos al zoológico –preguntó Roberto–, ¿podremos ir adonde queramos o tendremos que quedarnos todos juntos?

–Me alegra que me hayas hecho esa pregunta, Roberto, porque ésa es una regla en la que voy a tener que insistir. Tenemos que permanecer juntos.

Mientras decía eso, el señor Méndez frunció el ceño, que es lo que suele hacer para dejar claro que está hablando muy en serio.

–¿Es una regla del zoológico o es una regla de la escuela? –preguntó Carolina.

–Es una regla de la escuela –dijo el señor Méndez–. El zoológico tiene sus propias reglas, que podrán ver si leen los carteles.

–¡Ah! –dijo Julia–, como “No tocar los barrotes de la jaula del león” o “No dar de comer a los osos”.

–Señor Méndez, no somos nenes chiquitos –dijo Roberto–. Podemos cuidarnos solos. ¿Por qué tiene que haber reglas para todo?

–No se trata de la edad que tengas, Roberto –dijo el señor Méndez–. Existen reglas para los adultos al igual que las hay para los chicos. Fijáte en las reglas de la gramática. Se aplican a todo el mundo. Por ejemplo, si el sujeto está en plural, el verbo tiene que estar en plural. Yo no puedo decir “Los perros está en el jardín”. Tengo que decir: “Los perros están en el jardín”, porque debo respetar las reglas de la gramática.

–Es igual que cuando estás jugando a algo, Roberto –dijo Julia–. No existe ni un juego que no tenga reglas.

–Todas las materias que estudiamos tienen reglas –dijo Gastón.

–¿Cómo cuáles? –quiso saber Tito.

El señor Méndez se acercó al pizarrón y escribió los encabezamientos de cuatro columnas: “Ciencias sociales, Ciencias naturales, Lengua, Matemática”.

–Muy bien –dijo–. ¿Quién de ustedes quiere darnos algún ejemplo de una regla en cada una de esas áreas?

–En geografía es una regla que un mapa tiene que representar exactamente el lugar al que se refiere –dijo Isabel.

–Es una regla en matemática que el orden de los factores no altera el producto –dijo Roberto.

–En ciencias naturales aprendimos que cuando una persona está a punto de ahogarse hay que hacerle inspiración artificial. Eso es una regla.

–Respiración –dijo el señor Méndez.

–La respiración artificial –dijo Carla.

–En ciencias naturales también aprendemos que la gente no debería arrojar sustancias venenosas en los lagos y ríos –dijo Tito–. Eso es una regla.

–Y en lengua aprendemos que las preguntas tienen que ir entre signos de interrogación y las exclamaciones entre signos de admiración.

–Muy bien –dijo el señor Méndez.

–Esperen un minuto –dije–, no estoy segura de lo que dijo Roberto.

–¿Qué tiene de malo lo que acabo de decir? –preguntó Roberto–. Está bien dicho, ¿no?

–Claro que está bien –le contesté–, pero, ¿es una regla? Por ejemplo, cuando nos ponemos a jugar a algo, primero nos fijamos en las reglas, porque las reglas nos dicen cómo debemos jugar. Es decir, las reglas nos dicen cómo debemos actuar. Lo que vos acabás de decir nos explica cómo funcionan los números, pero no nos dice qué debemos hacer nosotros.

–Creo que Pixi tiene razón, Roberto –dijo el señor Méndez–. Lo que vos dijiste no era realmente una regla sino un principio de aritmética.

–Señor Méndez –dijo Carla, después de haber levantado la mano–, ¿qué es lo que hay en la ortografía, reglas o principios?

–No es una pregunta que se pueda responder fácilmente –dijo el señor Méndez–. Ya que estamos, ¿podríamos volver a la tarea de ortografía?

–¡Me parece que no sabe qué contestar! –murmuró Carla al oído de Roberto.

–No creo –dijo Roberto–. Te apuesto a que sabe la respuesta, pero no la quiere decir.

No sabía si estar de acuerdo con Carla o con Roberto. Después, en cuanto terminamos nuestro ejercicio de ortografía, llegó el momento de subir al micro para ir al zoológico.



El viaje en micro fue muy movido, especialmente en la parte de atrás, donde íbamos Isabel y yo... o mejor dicho, donde saltábamos. El señor Méndez se sentó adelante, solo.

El viaje hasta el zoológico duró mucho tiempo. Tito y Néstor siguieron molestando, pero después de un rato también se cansaron.

–Señor Méndez –dijo Carla en voz muy alta–, estoy un poco preocupada por la historia que tenemos que escribir. ¿Cómo vamos a poder inventar una buena historia si todavía no practicamos nunca?

–Tenés razón, Carla –dijo el señor Méndez, dándose vuelta para que todos pudiéramos verlo–. Ya que ahora no tenemos nada que hacer, ¿por qué no usamos este tiempo para inventar y contar historias entre todos?

Casi todos protestamos, especialmente Tito y Néstor, que se habían tirado en los asientos de la parte de atrás del micro.

–Señor Méndez –dijo Carla–, no vamos a saber por dónde empezar.

–Imagináte que te pido que inventes la más increíble historia que te puedas imaginar –dijo–. ¿Sabrías entonces cómo hacerlo?

–No –dijo Roberto–, seguiría sin saber cómo inventarme una historia como ésa.

El señor Méndez se quedó mirando por la ventanilla un camión que estaba pasando. Después de un momento dijo:

–¿Saben lo que vamos a hacer? Les voy a dar un problema y vamos a ver quién descubre la solución.

–¿Cuál es el problema? –preguntó Vanesa.

–Bueno –dijo el señor Méndez–, quiero que se imaginen que tenemos un visitante con nosotros aquí mismo en el micro, es un hombre y está sentado a mi lado.

–¿Tiene algo especial? –le pregunté, riéndome un poco, porque todo eso me parecía muy divertido.

–Sí –dijo el señor Méndez–. Acaba de ser creado, apareció acá recién y no viene de ninguna parte.

–¿Cuál es su nombre? –preguntó Gastón.

–Adán –respondió el señor Méndez.

–¿Conoce el idioma? –preguntó Roberto–. ¿Puede hablar?

–Sí, conoce las palabras y sus significados y puede hablar. Pero no olviden que no tiene recuerdos porque acaba de empezar a vivir.

A continuación, el señor Méndez se dio vuelta hacia el asiento vacío que estaba a su lado, y dijo:

–Adán, te presento a los chicos. Chicos, saluden a Adán.

–¡¡Buenos días, Adán!! –dijimos nosotros, a los gritos.

—Ahora, Adán —siguió el señor Méndez—, esos chicos que están ahí son estudiantes. Si le preguntara a Adán qué hacen los estudiantes, ¿qué les parece que me diría?

—Diría que estudiamos —dijo Isabel—. Podría deducirlo de la palabra “estudiante”.

—¡Ja! —se rió Néstor—. ¡No nos conoce!

—Bueno, muy bien —dijo el señor Méndez—. Pasemos ahora a la pregunta importante. Supongan que Adán los señalara con el dedo y me preguntara: “¿De dónde vienen?”. Y supongan que yo quisiera tomarle el pelo contándole la más increíble historia que se pueda imaginar. ¿Qué podría decirle?

Nos pusimos a pensar y pensar. Por fin, Roberto levantó la mano y dijo:

—Ya lo sé. Podríamos decirle que nosotros fuimos altos como montañas, pero que nos fuimos encogiendo cada día un poquito, hasta tener el tamaño que tenemos ahora. Todos nos reímos y estuvimos de acuerdo en que la historia de Roberto era absolutamente increíble.

—Señor Méndez —dijo, después de haber levantado la mano—, se me ocurre otra historia que podríamos contarle a Adán. Le podríamos decir que nosotros fuimos muy, muy chiquititos, casi como un punto. Pero que cada día crecimos un poco hasta tener el tamaño que tenemos ahora.

—¡Pero, Pixi! —protestó Tito—. ¡Se supone que teníamos que inventarnos historias increíbles, y tu historia es verdad!

—Tito, no tiene importancia si es verdadera o no lo es. A veces, lo que es verdadero es tan difícil de creer como lo que es inventado. ¡Te lo puedo demostrar!

—¿Cómo? —preguntó Tito.

—Preguntádoselo a Adán. Adán, ¿cuál de las dos historias te parece más creíble: la de Roberto o la mía?

—¿Qué contesta Adán, señor Méndez? —exclamó Carla, rompiendo el silencio que se había creado en el micro.

—Dice que Pixi tiene razón, Carla —contestó el señor Méndez—. Dice que una historia es tan increíble como la otra.

En ese momento el micro estaba entrando por la puerta del zoológico.

Capítulo

8

Al llegar al zoológico, el señor Méndez dijo que primero íbamos a visitar el sector de los pájaros. Entramos en un lugar inmenso -como una gran red suspendida con unos mástiles-, y allí había todo tipo de pájaros muy lindos, de preciosos colores. Pero la verdad es que yo no estaba tan interesada, porque sabía que lo que había venido a ver no lo encontraría en el sector de los pájaros.

Pero otros compañeros de la clase encontraron lo que buscaban, porque pude ver que Julia no podía alejarse de un loro grande y viejo, y Tito miraba un grupo de flamencos parados en una sola pata, y él mismo también se quedaba parado sobre una sola pierna.

Llegó la hora de comer y entramos en una especie de quincho en el que había mesas, y sacamos nuestros sandwiches. Algunos nos los comimos a toda velocidad. Nacho les dio casi la mitad de lo que había traído a algunos gatos y palomas que andaban por ahí.

Los que terminaron primero estaban impacientes y querían seguir recorriendo el zoológico, pero el señor Méndez les dijo:

-Si quieren pueden dar una vuelta por aquí cerca, pero recuerden lo que ya les dije: tenemos que estar todos juntos. Así que ¡no se pierdan de vista!

Isabel y yo vimos a Bernardo bajando por uno de los caminos y entonces comenzamos a seguirlo, ocultándonos para que no nos viera. Llegó a un área pequeña y enrejada y se quedó de pie junto a la reja, con la cara apoyada en los barrotes.

Al principio no podíamos ver lo que estaba mirando, pero después vimos de qué se trataba: era una jirafa bebé. Sus rodillas eran grandes nudos, sus ojos parecían algo desviados y caminaba de una forma torpe y vacilante.

La jirafa se acercaba cada vez más a Bernardo. Él le alargó la mano, pero la jirafa no se asustó. Siguió acercándose hasta que estuvo justo delante de él. Entonces la jirafa consiguió alcanzarlo y rozarle la frente. Su hocico estaba húmedo y le dejó a Bernardo una marca húmeda en la frente. Después retrocedió, pero siguió mirando a Bernardo.

¿Y saben qué hizo él? ¡Oímos que le habló! ¡Le habló a la jirafa!

–¡Sos tan tan linda! –le dijo lentamente.

En ese momento la jirafita se alejó al trote. Bernardo se dio vuelta y al darse cuenta de que lo estábamos mirando, regresó junto al grupo.

¡Imagínense! ¡Todos estos años sin decir nada y cuando por fin habla, le habla a una jirafa! ¡A una jirafa!

¡Tantas veces había intentado que me hablara y no lo hizo! ¡Y ahora va y le dice a esa estúpida jirafa que es linda!

En esos momentos, la clase estaba preparada para continuar la visita a otra parte del zoológico. Yo quería comprobar si Bernardo me iba a contestar con un movimiento de cabeza o con palabras.

–¿Ya encontraste tu criatura misteriosa, Bernardo? –le dije.

–Sí –me contestó, como si estar hablando de nuevo no fuera nada especial.

–¡Bernardo! –prácticamente le grité–. ¡Estás hablando!

Movió su cabeza de arriba abajo, pero no estaba mirándome..., miraba a un panda frente al cual estábamos pasando. Eso realmente me molestó un poco. Entonces le dije:

–Bernardo, ¿qué es lo que te hizo dejar de hablar?

–Nunca dejé de hablar con los animales.

–¡Ah! Entonces, ¿era con la gente con quien no podías hablar? ¿Por qué te pasaba eso?

–Cuanto más hablaban ellos, menos hablaba yo –contestó Bernardo–. Cuanto más gritaban, más tranquilo estaba yo.

–Así que, después de algún tiempo, decidiste dejar de hablar.

–Exacto. Además, daba lo mismo que hablara o no.

–Pero ahora estás hablando. Eso significa que vos creés que ahora no da lo mismo que hables o no. ¿No es cierto?

–Quizás –fue todo lo que dijo. Después se alejó para mirar a algunas cebras.

Me hizo sentir bien saber que Bernardo estaba hablando otra vez. También me hizo sentir bien que yo fuera la primera con quien había hablado. Quiero decir la primera después de la jirafa.

Por supuesto, yo nunca paro de hablar, por eso nunca tengo que decidir si empiezo o no empiezo a hablar.



Me dije a mí misma: “Pixi todavía no encontrás tu criatura misteriosa. Vas a tener que prestar mucha más atención a los carteles o te vas a quedar sin encontrarla”.

De repente me dije: “¡Todo lo que sabés es el nombre! En realidad, no sabés qué aspecto tiene. ¿Cómo podrías reconocerla si la vieras?”

Entonces me di cuenta de lo tonta que había sido. Debería haber buscado mi criatura misteriosa en una enciclopedia o en un libro de animales.

Lo único que podía hacer era leer todos y cada uno de los carteles en el zoológico. Fuimos de un edificio a otro, de una jaula a otra, y después, a la zona de los animales que viven al aire libre. Cada vez que cambiábamos de lugar me iba corriendo a buscar el letrero que me diría si era o no era mi criatura misteriosa.

Después de un rato, empecé a darme cuenta de que todos en la clase –todos excepto yo– habían encontrado lo que buscaban.

Además, el señor Méndez nos preguntó si habíamos encontrado nuestra criatura misteriosa, y yo tuve que reconocer delante de todos que no había encontrado la mía. Para colmo, ya hacía un buen rato que estábamos en el zoológico y no faltaba mucho para que el señor Méndez nos dijera que era la hora de volver a casa. ¿Qué pasaría si nos teníamos que ir y yo seguía sin haber encontrado mi criatura misteriosa?

Me dije a mí misma: “¡Tal vez no la vi, pero tiene que estar en algún lugar! Me voy a quedar aquí hasta que la encuentre, aunque tenga que volver a recorrer todo el zoológico yo sola”.

Convencida de mi decisión, me separé del resto de la clase. Pensé que podría reencontrarme con ellos de regreso.

Lo primero que hice fue preguntarle a un guardián por la criatura que estaba buscando. ¿Y saben lo que hizo? Señaló a un gorila y me dijo: “Ahí hay uno». ¡Me dio tanta rabia! ¡Qué increíble! ¡Un guardián de zoológico incapaz de distinguir entre un gorila y mi criatura misteriosa!

Pensé para mí: “Pixi, no tiene sentido seguir preguntando a la gente. ¡Ni siquiera un guardián del zoológico sabe! Mejor date por vencida; nunca la vas a encontrar”. Fue entonces que me senté en un banco y me puse a llorar. Sabía que nunca podría volver y admitir delante de toda la clase que mi criatura misteriosa no estaba en el zoológico.

En eso estaba cuando el señor Méndez y la clase me encontraron, sentada en el banco, con las rodillas dobladas tapándome la cara para que nadie me viera llorar. El señor Méndez nos llevó a un lugar en el que había césped y sombra y nos sentamos en círculo.

–Pixi –dijo el señor Méndez–, creí que habíamos aceptado la regla de permanecer siempre juntos. ¿Por qué te alejaste de los demás?

Lloré un poco sin decir nada.

–¿Pudiste encontrar a tu criatura misteriosa? –preguntó.

Moví la cabeza y me largué a llorar otra vez como loca.

–¿Podrías decirme su nombre? –preguntó el señor Méndez.

Intenté como pude dejar de llorar, pero fue imposible. No le di una respuesta. Él volvió a insistir.

–¿Podés decirme algo sobre ella? ¿Cómo pensaste que la ibas a reconocer cuando la vieras?

Ya estaba empezando a sentirme mejor. Sin dejar de sollozar conseguí decir:

–Todo lo que sé es que las madres crían a sus recién nacidos, que son de sangre caliente, que sus huesos están dentro del cuerpo y que nacen vivos.

–¿Tu criatura misteriosa era un mamífero? –me dijo al oído el señor Méndez, después de agacharse a mi lado.

–¡Sí! –casi grité– ¡Lo adiviné! ¡Existe una cosa como ésa! ¡Un mamífero!

Hubo un murmullo entre algunos compañeros de la clase, pero el señor Méndez los miró y se callaron. Luego siguió hablando conmigo.

–Había muchos mamíferos aquí hoy, Pixi. Simplemente, no sabías que eso eran. De hecho, ¡algunos incluso pagan por entrar!

Todo aquello no tenía ningún sentido para mí, por lo que no dije nada.

–¿Hay alguien que pueda ayudar a Pixi a resolver su problema? –dijo el señor Méndez dirigiéndose a toda la clase.

Me estaba limpiando las lágrimas de los ojos y no podía ver, pero pude escuchar que alguien en voz baja dijo: “Tal vez yo pueda, señor Méndez”. Era Isabel.

–Pixi –dijo Isabel–, ¿te acordás cuando viniste a mi casa y estuvimos hablando de la familia?

Moví la cabeza de arriba abajo una sola vez queriendo decir que sí.

–Bien –siguió Isabel–. Una familia se compone de familiares, ¿no? Quiero decir que está formada por padres, madres e hijos. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dije mientras me limpiaba la nariz con la mano–. ¿Entonces?

Parecía que a Isabel le costaba encontrar las palabras correctas. Me di cuenta de que no estaba segura de sí misma. Finalmente dijo:

–Estuvimos de acuerdo en que si no hubiera familiares no habría nada a lo que pudiéramos llamar una familia. Lo mismo pasa con la palabra “mamífero”.

–¡Ah! ¡Ya entiendo! –dije–. Querés decir que hay un montón de animales que son parientes entre sí. Pero no decimos que pertenecen a la misma familia, decimos que pertenecen al mismo mamífero.

El señor Méndez cerró los ojos como si no se sintiera bien. Después volvió a abrirlos y entonces dijo:

–¡No, Pixi, no! La palabra “mamífero” no es la palabra de una familia; es la palabra de una clase!

Pudimos darnos cuenta de que el señor Méndez estaba algo enojado, y al principio nadie se atrevió a decir nada.

–¿Qué significa eso? –preguntó por fin Néstor.

–¡Ya sé! –dijo Vanesa–. Todas las chicas de este grupo constituimos la clase de las chicas. Pero no somos parientes unas de otras. Simplemente se trata de que en un sentido todas somos lo mismo, todas somos chicas.

–Eso es –dijo Gastón–. Todas las personas del mundo que son pelirrojas constituyen la clase de las personas pelirrojas.

–Sigo sin entenderlo –dije.

–Pixi, ¿no te das cuenta? –dijo Carla–. Todas nosotras somos chicas, que formamos una clase. Pero la clase que nosotras formamos no es ella misma una chica.

–Y la clase de los pelirrojos no es ella misma pelirroja –añadió Carolina.

–Por tanto –dije–, la palabra “mamífero” es el nombre de una clase...

–...la clase de las criaturas que dan de mamar a sus crías –dijo Roberto.

–Muy bien –agregué–. Pero la clase de los mamíferos no es ella misma un mamífero. Entonces, ¿hay mamíferos o no?– grité poniéndome algo furiosa.

En ese momento todos tuvieron que volver a empezar a explicármelo todo por segunda vez. Al poco tiempo estaba aburrida de escuchar cómo la clase de los patos no podía nadar, cómo la clase de las golondrinas no podía volar y cómo la clase de los mamíferos no podía dar de mamar a sus crías. Seguí discutiendo hasta que Bernardo dijo:

–Pixi, todos los mamíferos del zoológico eran tu criatura misteriosa. Ténías más criaturas misteriosas que cualquiera de nosotros.

Pero todo lo que yo podía pensar era que mi criatura misteriosa se había convertido prácticamente en nada, sólo era ahora el nombre de una clase y no precisamente algo cálido, con pelo suave, hocico húmedo y dulces ojos marrones.

–No te preocupes, Pixi –me dijo Isabel–. Todavía nos queda la historia misteriosa que cada uno de nosotros tiene que inventar. ¡Estoy segura de que vos vas a inventar la mejor historia de toda la clase!

Me gustó lo que me dijo Isabel, porque empecé a pensar en mi historia. Me dije a mí misma: “¡Qué lío me hice con la criatura misteriosa! ¡Tengo que hacer que ésta sea la mejor historia de todas! ¡Quiero escribir una historia que nunca olvidarán! Pero, ¿cómo?” Así comencé a pensar cómo podría cambiar mi relato para mejorarlo.



Aquella noche, después de la cena, pensaba contarle a mi mamá todo lo que había aprendido sobre los mamíferos y sobre las diferencias entre las familias y las clases. Pero me había olvidado de nuestra gata. Y eso volvió a dejarme completamente confundida.

Nuestra gata, Macana, tiene tres gatitos: Medianoche, Lechoso y Mezclado. Cuando quiere que se acerquen a ella, ronronea y gruñe al mismo tiempo y los gatitos vienen corriendo.

Yo hago el mismo tipo de ruido cuando quiero sentarme en las rodillas de mi mamá. Me dice que ya me estoy haciendo demasiado grande, pero no es así. Soy casi la más chiquita de mi clase y todos los demás se sientan en las rodillas de sus mamás, ¡todos!

–Mamá –dije–, hoy aprendimos que podés distinguir a un mamífero por la forma de alimentar a sus crías. Los mamíferos dan de mamar a sus crías. Los pájaros les dan gusanos.

–Es cierto –me dijo–. Macana es un mamífero porque da de mamar a sus gatitos.

–Y Macana es una hembra como Medianoche, pero Lechero y Mezclado son machos.

–Correcto.

–Mamá, ¿significa eso que Lechero y Mezclado no son mamíferos?

–¿Por qué no, Pixi?

–Porque los machos no dan de mamar a sus crías.

–¡Ay, Pixi! –dijo mamá–. Son machos y hembras de la misma especie.

Pero no entendí lo que quiso decir y empecé a llorar porque pensé que nunca entendería, y es muy feo pensar que nunca vas a entender algo. Lloré encima del hombro de mi mamá; ella sacó un pañuelo y me limpió la nariz.

–Mamá –dije–, ¿cómo puede ser que las lágrimas sean calientes y el agua de la nariz esté fría?

–¿Por qué hay dos canillas en la pileta de la cocina: una para agua caliente y otra para agua fría?

–Te hice una pregunta y me contestás con otra pregunta –murmuré.

Mi mamá no dijo nada. Sólo me hizo unos mimos y me abrazó.

–Mamá, ¿por qué la palabra “mamífero” se parece a la palabra “mamá”?

–Porque ambas palabras proceden del hecho de que las hembras de los mamíferos dan de mamar a sus crías.

Después dijimos que todas las mamás se llaman “mamá”, pero que cada chico puede darle a su mamá un nombre diferente, o que los mismos nombres pueden querer decir diferentes cosas, o algo así.

Eso fue lo que mi mamá y yo hablamos al anochecer cuando volví a casa de la excursión al zoológico. Esa noche me enfermé.

Capítulo 9

No fui la única que se descompuso aquella noche. Miranda también. Mi mamá pensó que era algún virus. Nosotras pensamos que debía ser algo que habíamos comido. Pero, ¡qué mal nos sentíamos!

Primero vomité yo. Al rato, Miranda se levantó de un salto de la cama y fue corriendo a toda velocidad hacia el baño con la mano en la boca.

Un momento después, las dos salimos corriendo hacia el baño al mismo tiempo y juntas inclinamos nuestras cabezas sobre el inodoro.

Todos los huesos nos dolían y teníamos un terrible dolor de cabeza. (¿O más bien teníamos dolores de cabeza separados? No estoy segura. Si teníamos el mismo virus, ¿no pudimos haber tenido el mismo dolor de cabeza?)

Durante la noche, hubo un momento en el que nos sentíamos tan mal que no hacíamos más que dar vueltas en la cama, quejándonos. Me agarré el estómago y dije:

–¡Me muero!

–¡Mejor para vos! -dijo Miranda.

Por la mañana estábamos un poco mejor. Todavía nos sentíamos débiles, pero los dolores habían pasado un poco.

–Levántense y vístanse –dijo mi mamá–. Las voy a llevar al médico.

–¡Mamá! ¿Por qué no puede venir el doctor a vernos? –protestamos las dos.

–Muy gracioso –fue la única respuesta de mi mamá.

La sala de espera del médico estaba llena de padres con chicos. Estuvimos leyendo una revista de hacía un año, que ya habíamos leído cuando fuimos al dentista. Después observamos la pecera del doctor y miramos por la ventana la lluvia que caía sobre los autos que estaban en la calle.

Por fin la secretaria nos dijo que entráramos. Nos llevó a la otra habitación, no a la habitación en la que estaba el doctor. (Tenía dos habitaciones, y mientras en una revisaba a unos chicos, otros chicos se vestían y se desvestían en la otra.)

No era la primera vez que íbamos al consultorio del doctor Fernández. Sin embargo, no sé por qué cuando la secretaria nos dijo que entráramos, empezamos a reírnos nerviosamente y no podíamos parar.

Hasta que el doctor Fernández entró no pudimos parar. En aquel momento, Miranda se puso de pronto muy seria y yo empecé a llorar.

–Me va a dar una inyección, ¿no, doctor? –grité.

–Sólo si es necesario –dijo el doctor Fernández.

–¡Será necesario! –grité otra vez– ¡Ya va a ver! ¡Será necesario!

–Por la manera en que te comportás, nadie diría que sólo tenés nueve años –me dijo el doctor mientras me daba unos golpecitos en el pecho–. Muchos chicos de doce años no se portan tan bien como vos –siguió diciéndome mientras me ponía el estetoscopio en la espalda.

–Se está burlando de mí –protesté.

–Abrí la boca bien grande –me dijo, y me puso una cucharita de madera hasta el fondo de la garganta. Pensé para mí: “Es una suerte que no me haya quedado nada para vomitar”. Después el doctor dijo que nos vistiéramos y le aconsejó a mi mamá que no saliéramos de casa durante unos días.

–Lo único que me importa es saber si es contagioso –dije.

El doctor Fernández dijo que no lo era.

–¡Qué bueno! ¡Puedo recibir visitas!



Pensé que Miranda y yo estaríamos mejor al día siguiente, pero no fue así. De hecho, ¡tuvimos que quedarnos en cama durante cinco días! ¡Cinco días! ¿Se imaginan?

Lo primero que pensé fue que no iba a estar en el colegio el día en que todos iban a contar su historia misteriosa. ¡Me iba a perder las historias de mis compañeros y tampoco iba a poder contarles la mía!

Por la tarde, cuando mi papá me preguntó cómo me sentía, le dije que muy mal y la verdad es que me sentía mal, en parte, porque no podría contar mi historia.

–Si eso te hace sentir tan mal –me dijo mi papá–, ¿por qué no invitás a tus compañeros a casa para que puedas contarles tu historia acá?

–¡Papi! –le dije dándole un beso muy grande y ruidoso–. ¡Eso sería especta-

cular! Voy a llamar a Isabel ahora mismo y voy a decirle que invite a todo el curso a venir acá mañana a la tarde.

Me levanté de la cama y la llamé a Isabel por teléfono:

–Isabel, por favor, preguntáale a todos los chicos si mañana a la tarde, después de la escuela, pueden venir para que pueda contarles mi historia.

–Lo lamento, Pixi, pero creo que es imposible. Los chicos tienen que tomar el micro para ir a su casa o tienen otras cosas que hacer. Van a decir “¿por qué Pixi no espera hasta volver a la escuela?” También me van a preguntar “¿por qué tenemos que ir a su casa sólo para escuchar su historia?” y ¿qué les voy a decir cuando me digan eso?

–Isabel –le dije–, vos sos mi amiga y yo estoy en cama. ¡Quién sabe, a lo mejor me estoy muriendo! ¿No se pondría todo el mundo muy triste si yo nunca volviera a la escuela a contar mi historia? ¿Por qué no pedirles que hagan algo por mí... ?

¡Pobre Isabel! Verdaderamente la hice sentir mal.

–De acuerdo, Pixi. Lo voy a intentar. Pero no te prometo nada.

Me alegró que Isabel estuviera de acuerdo. Si me hubiera dicho que no, le hubiera preguntado cómo era capaz de negarse a hacerle un pequeño favor a una persona moribunda.

Al día siguiente, a la tarde, estaba impaciente por oír el timbre de la puerta. Estaba segura de que todos los chicos y las chicas de la clase llenarían mi habitación y se sentarían alrededor de mi cama mientras les contaba mi historia.

Sonó el timbre y aparecieron Isabel, Gastón, Vanesa y Bernardo.

–Los demás no pudieron venir –me dijeron.

–¡Quería que vinieran todos! –dije mientras me daba cuenta de que estaba a punto de llorar. Pero, no lloré... aunque tenía ganas.

–Pixi, si querés, nosotros les podemos contar la historia a los demás –me dijo Vanesa.

–¿En serio lo harían? ¡Eso sería bárbaro! –contesté. Enseguida me sentí mejor.

Entonces, les conté mi historia y ellos se fueron prometiéndome que se la contarían a los demás.

Seguro que a ustedes también les gustaría escuchar mi historia misteriosa, tal como se la conté a Isabel, Gastón, Vanesa y Bernardo. Pero, ¿alguna vez les prometí que les iba a contar mi historia misteriosa? ¡No! ¡Nunca lo hice!

Al día siguiente, después de la escuela, Isabel me llamó para contarme lo que había pasado. Esto fue lo que pasó:

Isabel le contó mi historia a Carolina, Carolina se la contó a Renato y Renato se la contó a Néstor.

Gastón se la contó a Roberto, Roberto se la contó a Carla.

Vanesa le contó mi historia a Julia y Julia se la contó a Tito.

Y Bernardo no le contó mi historia a nadie.

Después se reunieron todos y organizaron algo. Isabel no quiso contarme de qué se trataba.

–Cuando vuelvas a la escuela, Pixi, te vas a llevar una gran sorpresa. ¡Una sorpresa muy GRANDE! –fue todo lo que dijo.

Capítulo 10

El día que volví a la escuela, al principio, nada me pareció diferente. Nadie me prestaba especialmente atención. Era casi como si no me hubieran extrañado. Me preguntaba cuál sería la sorpresa. Finalmente Isabel y Vanesa me la dijeron.

–Pixi –dijo Vanesa–, tu historia cambió un poco cuando la fuimos contando. Así que, ¿sabés lo que decidimos hacer? Esta tarde vamos a escuchar tu historia contada por las cuatro personas que la escucharon en último lugar.

–Entonces, ¿mi historia se convirtió en cuatro historias diferentes? –dije.

–En cierto sentido –dijo Isabel. Cuando vio que yo empezaba a hacer puchos, agregó: Creo que te van a gustar.

–¿Quiénes van a ser los que cuenten la historia? –pregunté.

–Néstor, Carolina, Tito y Bernardo –dijo Isabel.

–Además –dijo Vanesa–, cada narrador va a tener un ayudante que va a hacerle preguntas. Julia va a ser ayudante de Néstor, Renato, de Carolina; Carla, de Tito y Roberto, de Bernardo.

–¿Qué pasa con Gastón, y con ustedes dos? –pregunté.

–¡Ah! –dijo Vanesa riéndose–. Gastón quiere tocar su armónica e Isabel quiere tocar el tambor al principio de cada historia. Yo soy la directora.

–¡Va a ser como una obra de teatro! ¡Una obra de teatro en cuatro actos! –exclamé aplaudiendo.

–Así es –dijo Isabel–. Y vamos a representarla en el salón de actos. Pero nosotros vamos a estar en el escenario y solamente el señor Méndez y vos van a ser los espectadores.

–¡Es una verdadera sorpresa! –les dije. Pero pensé para mí: “¡Guau! No está

nada mal para alguien que pensó que mamífero era el nombre de un animal y que tuvo apenas una descompostura!”

Pero todavía quedaban más sorpresas. Porque cuando llegamos al salón de actos vi que habían puesto una enorme caja de cartón en el escenario.

—¿Para qué es eso?—pregunté a Isabel.

—Bernardo nos dijo que sabía manejar títeres —me explicó Isabel—. Por eso hicimos una especie de escenario con la caja y Bernardo y los demás están dentro de ella.

El señor Méndez y yo nos sentamos juntos, a unas diez filas de distancia del escenario. Daba un poco de impresión estar sentados así, solos en el salón de actos.

En aquel momento, Vanesa apareció en el centro del escenario y anunció:

Cuatro maneras de narrar la historia de Pixi

Inmediatamente después, Gastón tocó algo con su armónica. Al principio tocaba fuerte, pero luego empezó a tocar más despacito. Hubo un redoble de tambores tocado por Isabel. De pronto, dos títeres aparecieron por encima de la caja de cartón. Eran dos payasos. Uno tenía un pequeño cartel en un palo de madera, que decía: “Yo soy Firulete”, y en el cartel del otro muñeco decía: “Yo soy Cañito”. Cañito tenía también otro cartel que decía “ 1º Acto”.

Esto es lo que se dijeron uno al otro:

Cañito (interpretado por Néstor): Había una vez...

Firulete (interpretado por Julia): ¡Me encantan los cuentos! ¡Seguí, seguí!

C.: Había una vez...

F.: ¡Contáme, contáme! ¡Empezá desde el principio!

C.: ¡Estoy tratando de contártelo! Y estoy tratando de contártelo desde el principio. De todas formas, empezamos de nuevo. Había una vez un huracán, el más grande del mundo.

F.: ¿Se llevó todas las casas, los animales y la gente y los hizo dar vueltas y vueltas como el ciclón de *El Mago de Oz*?

C.: Mucho peor.

F.: Me encanta Judy Garland.

C.: Judy Garland no estaba en el libro. Ésa era Dorotea. Judy Garland aparecía en la película que se hizo sobre el libro.

F.: Dale, decíme cómo el huracán hacía dar vueltas todas las cosas.

C.: ¿Te acordás cuando visitamos la granja y entramos en el granero donde había aquel gran recipiente de acero en el que ponían la leche?

F.: ¡Me acuerdo! ¡Me acuerdo! Hacía girar la leche hasta que la crema quedaba por un lado y la leche descremada por otro. (*Firulete movió sus brazos en círculo para mostrar cómo funcionaba la máquina y cómo la crema era separada de la leche.*)

C.: ¡Eso es! Bueno, ese huracán hizo girar a las personas hasta que separó a sus almas de sus cuerpos.

F.: ¡Guau! ¡Seguro que fue un desastre! ¡No puedo imaginarme qué pasaría si las almas de las personas no estuvieran unidas a un cuerpo y si los cuerpos no tuvieran alma! ¿Qué pasó?

C.: Bueno, los cuerpos empezaron a dar vueltas buscando sus almas y las almas hicieron lo mismo buscando sus cuerpos. Pero hubo muchos errores. Se juntaron muchos cuerpos y almas que en realidad no se pertenecían. Por eso empezaron a discutir y a pelearse y después se separaron y volvieron a buscar por todos lados.

F.: ¿Alguna logró encontrar el cuerpo o la cabeza a la que pertenecía?

C.: Al principio sólo unas pocas, pero con el tiempo cada vez más lo consiguieron.

F.: ¡Debe ser tan lindo descubrir tu alma! ¡Ojalá yo pudiera! ¿Dónde la habré perdido? Busqué por todos lados, abajo de la cama, en la bañadera, en la cocina, pero no puedo encontrarla en ninguna parte así que tendré que arreglarme con lo que tengo.

C.: No sos el único. Porque por culpa de ese huracán todavía hay muchos cuerpos por todo el mundo buscando sus almas y un montón de almas que aún buscan sus cuerpos.

F.: ¡Qué lío! ¿Informaron a la Oficina de Personas Perdidas?

C.: No sirve para nada; allí sólo buscan personas.

(*En aquel momento, los dos, Cañito y Firulete, desaparecieron detrás de la caja y volvieron a aparecer en seguida con un cartel que decía: FIN DEL 1º ACTO.*)



Néstor y Julia salieron de la caja, y Carolina y Renato entraron. Ellos serían las voces en la segunda parte. Bernardo tenía que seguir dentro de la caja, porque a él le tocaba mover los títeres. Gastón nos tocó una melodía con su armónica y ya estábamos listos para la segunda parte. De repente, dos títe-

res aparecieron de un salto. Uno era un mago con su sombrero de punta, una capa negra, grandes bigotes y un serrucho. El otro era una señora cuya cabeza aparecía por el extremo de una caja y los pies por el otro extremo. Esta fue la conversación:

Señora (interpretada por Carolina): ¿Me va a cortar por la mitad?

Mago (interpretado por Renato): Ése es mi trabajo. Además, hoy no tengo nada mejor que hacer.

S.: ¿No podría esperar hasta que le contara una historia?

M.: ¡Mejor que sea una buena historial

S.: ¡De acuerdo! Hace mucho tiempo, antes de que hubiera personas, incluso antes de que hubiera mundo, sólo había una fuerte lluvia. Por todas partes.

M.: ¡Eso quiere decir muchísimas gotas de agua!

S.: No eran exactamente gotas de agua. ¡Eran caramelos!

M.: ¡Caramelos! ¡Qué dulce! ¿Qué clase de caramelos?

S.: De todo tipo: duros, blandos, rellenos de chocolate, gomitas, y de todos los sabores. Todos los que usted se pueda imaginar y más también.

M.: ¿Tenían tamaños diferentes?

S.: Sí, y también diferentes formas. No sólo eran redondos o cuadrados, había también toda clase de ganchos y ángulos, así que cuando caían, se enganchaban y enredaban unos con otros.

M.: Si le interesa mi opinión, debía de ser algo muy pegajoso.

S.: Muy pronto hubo grandes masas de caramelos cayendo. Aplastaban todo lo que encontraban en el camino. Y caían, caían, caían.

M.: ¿No dejaron de caer en ningún momento?

S.: Sí, después de mucho tiempo. Empezaron a caer más despacio y luego dejaron de caer totalmente. Los más grandes se convirtieron en tierra. Los que habían caído más rápido se convirtieron en agua. Y los que se habían roto formando un polvo de caramelo, flotaron y se transformaron en el cielo.

M.: ¡Así se puede explicar por qué hay tantos colores en el mundo: rojos, púrpuras, verdes, dorados, porque eran los colores de los caramelos! ¿Pero qué pasa con las personas? ¿Cuándo llegaron?

S.: Al principio sólo había partes de personas.

M.: ¿Era como si alguien hubiera agitado y desparramado una caja de figuritas humanas de caramelo?

S.: ¡Exacto! Había pies y piernas, oídos y narices, dedos y hombros, todos ellos como deambulando, intentando encontrarse unos a otros.

M.: ¿Quiere decir que los brazos y las piernas vagaban solos por ahí? Me parece muy difícil de creer.

S.: No le pedí que me creyera. Lo único que le pedí es que me escuchara. De todas formas, eso es lo que ocurrió en mi historia. Los dedos buscaban manos y pies, los pies buscaban piernas, las lenguas buscaban bocas y las orejas buscaban cabezas.

M.: ¿Y qué ocurrió cuando la gente consiguió por fin juntar todas sus partes?

S.: No eran felices estando solos, por lo que decidieron formar familias. Las familias formaron tribus y las tribus, naciones.

M.: ¡No me digal

S.: Sí le digo. Y las personas empezaron a hablar unas con otras. Primero tuvieron que inventar las palabras. Dieron nombre a las cosas, como "montaña", "árbol" y "casa". Y dieron nombre a las personas, como "José" y "Sonia".

M.: ¡Muy inteligente! ¿A quién se le habrá ocurrido llamar "montañas" a las montañas? Pero siga con su historia. ¿Vivieron todos felices después de aquello?

S.: No, para nada. Las palabras no eran felices, como no lo habían sido las orejas y los brazos cuando estaban separados. Los sustantivos querían estar con verbos y los verbos querían estar con sustantivos.

M.: ¡Lo entiendo perfectamente! ¡Las palabras "perro" y "ladrar" pensaron que estaban hechas una para la otra! Y lo mismo pasaba con las palabras "pájaro" y "piar".

S.: Sí, y enseguida frases completas se juntaron.

M.: ¡Qué emocionante! ¡Así es como la gente empezó a hablar!

S.: Sí, y después de haber estado hablando mucho tiempo empezaron a pensar.

M.: ¿Ahí termina su historia?

S.: Sí, pero ¿no le gustaría escuchar...?

M.: No hace falta, gracias. *(Empieza a serruchar como loco. Serrucha completamente la caja. La señora sale de la caja sin haber sufrido ningún daño. El mago y ella levantan sus manos y saludan al auditorio. Después sacan su cartel: FIN DEL 2º ACTO.)*



Ahora les tocaba a Carolina y Renato salir de la caja. Los que entraron después fueron Tito y Carla. El tercer acto fue parecido a los otros dos, excepto que los muñecos eran esta vez el Espantapájaros y el Hombre de Hojalata. Cuando Isabel dejó de tocar su tambor, esto fue lo que escuchamos:

Espantapájaros (interpretado por Carla): Hombre de Hojalata, ya sé que estoy entero otra vez, pero me siento tan, tan roto.

Hombre de hojalata (interpretado por Tito): Si vos te sentís hecho pedazos y sos tan sabio, ¿cómo creés que me siento yo?

E.: ¿Cómo te sentís?

H.: Todas mis partes se están oxidando, y eso me preocupa. Si cambio todas mis partes, ¿seguiré siendo yo? Vos que tenés cerebro, ¿me lo podés contar?

E.: Lo que te voy a contar es... una historia.

H.: ¡Una historia! ¿Empieza con "Había una vez..." o con "Hace mucho tiempo..."?

E.: Sí, así empieza. Hace mucho tiempo, antes de que hubiera personas como nosotros, sólo había partes. Había montones de orejas, pilas de narices, parvas de ojos por todas partes.

H.: Lo que hacía falta era una cadena de montaje.

E.: Sí, pero durante mucho tiempo no ocurrió nada. Por fin llegó el momento de juntar las partes y ponerlas a trabajar. Se les preguntó a todas las partes: "¿Quién quiere oír?", "¿Quién quiere oler?", "¿Quién quiere caminar?"

H.: ¡A que sé qué pasó: todo el mundo empezó a discutir, porque los oídos, los ojos, las narices, todos querían ver, y los pies y las manos, todos querían correr y las bocas y los dedos pulgares querían oír!

E.: Tenés razón. ¡Fue un lío! A los ojos se les encargó la tarea de diferenciar el sabor de las cosas y protestaban todo el tiempo: "No podemos apreciar el sabor porque hay muy poca luz". Y los oídos tenían que olfatear, pero se quejaban de que no podían oler porque había mucho ruido.

H.: Supongo que tuvieron que volver a repartir las tareas.

E.: Exacto. Pero esta vez lo hicieron bien. A los ojos se les encargó sólo ver, y a los oídos se les dijo que sólo tenían que oír.

H.: Y desde entonces vivieron felices para siempre.

E.: No, me temo que no. Nadie era feliz. Los mejores ojos decían: "En realidad, nosotros no somos muy buenos, porque no podemos correr". Y las mejores narices decían: "¡No servimos para nada! ¡No podemos oír!"

H.: ¡Estaban locos de remate! ¿Había alguien más que no quisiera ser lo que era?

E.: Por supuesto, había adultos que querían ser chicos y chicos que querían ser adultos. Había gatos que querían ser personas y personas que querían ser gatos.

H.: ¡Todo lo que siempre quise fue ser un hombre de hojalata con corazón! Ahora que ya lo tengo, ¿cambiaré alguna vez?

E.: No, mientras la historia en la que estamos siga siendo la misma.

H.: Eso es hermoso. Los corazones de hojalata se oxidan, pero el corazón de una historia puede vivir para siempre. Me gusta eso.

Capítulo 11

La última historia fue la de Bernardo. Roberto estaba en la caja con él, pero Bernardo tenía que manejar los títeres y contar la historia al mismo tiempo.

Cuando aparecieron los títeres me sorprendí mucho. No eran personajes de ficción. Un títere era un chico con aspecto normal y el otro era una chica con aspecto normal. Entonces el chico levantó el letrero que decía: «Yo soy Bernardo», y el de la chica decía: “Yo soy Pixi”.

Bernardo hacía el papel de sí mismo. Pero Roberto tenía que poner la voz muy aguda para hacer creer que era yo.

Bernardo: Pixi, por las noches, cuando mirás al cielo, ¿qué es lo que ves?

Pixi: Estrellas.

B.: Bueno, eso es lo que nos dice la gente..., que vemos estrellas. Pero, ¿qué es lo que realmente vemos?

P.: Vemos... ¡lucos!

B.: Muy bien. Por ahí va a empezar mi historia... con esas luces.

P.: Pero primero tenés que decir: “Hace mucho tiempo ...”. Bernardo, ¡tenés que decirlo!

B.: Claro. ¿Por qué no? Hace mucho tiempo las luces que vemos por millones y billones y trillones en el cielo -esas luces que llamamos estrellas- no eran estrellas.

P.: Bernardo... ¿estás diciendo cualquier cosa! Si no eran estrellas, ¿qué eran?

B.: Ideas.

P.: ¡Ideas! ¡Ideas de qué?

- B.:* Ideas de todo. Ideas de sartenes, de picaportes, de platos voladores, de números y de galletitas de chocolate.
- P.:* ¿Había ideas de cosas que no se pueden tocar?
- B.:* ¿Como cuáles?
- P.:* Como la amistad, la belleza, la bondad.
- B.:* Sí, había ideas de todas esas cosas.
- P.:* ¿Había ideas de odio, de fealdad y de maldad?
- B.:* No sé ... no estoy seguro. No creo.
- P.:* ¿Había ideas de cosas comunes como el barro, el pelo y el polvo?
- B.:* Tampoco estoy seguro de eso. Puede ser.
- P.:* ¿Eran realmente ideas?
- B.:* Sí, y cada una era perfecta. La idea de silla era la idea perfecta de la silla perfecta. La idea de cocina era la idea perfecta de la cocina perfecta. Y la idea de bondad era la idea perfecta de la bondad perfecta.
- P.:* Si eran todas tan perfectas, deben haber sido muy felices.
- B.:* Ésa es la cuestión: no lo eran. No estaban satisfechas con ser ideas. Querían ser también cosas. Por ejemplo, la idea de almohada le dijo a la idea de cama: "Quiero ser una almohada real, hecha de plumas reales, de manera que cuando una persona apoye su cabeza sobre mí exclame: Ahora sí que es una almohada realmente suave".
- P.:* ¿Y qué dijeron las ideas de belleza y de bondad?
- B.:* Dijeron: "Estamos cansadas de brillar acá arriba en el cielo, donde nunca ocurre nada. Queremos ser cosas realmente bellas y gente realmente buena".
- P.:* ¿Qué pasó entonces?
- B.:* Descubrieron que tenían mucho trabajo por hacer.
- P.:* ¿Tuvieron que ponerse a trabajar?
- B.:* No había nada que tuviera forma. Todas las cosas no eran más que pedazos de materia.
- P.:* ¿No había ni sillas, ni caballos, ni gente?
- B.:* No hasta que llegaron las ideas. Las ideas dieron forma a aquellos pedazos.
- P.:* ¿Igual que cuando agarrás arena húmeda y hacés una pelota? ¿O igual que cuando con un cuchillo cortás una torta en porciones?
- B.:* Bueno, no estoy seguro. Creo que era más bien como..., como compartir.

P.: ¿Compartir? ¿De la misma manera en que Isabel y yo compartimos ser amigas?

B.: En cierto sentido, sí. Siempre que existe una relación se está compartiendo algo.

P.: Bernardo, no puedo imaginarme lo que querés decir. Tendrás que explicármelo.

B.: ¿Viste cómo el señor Méndez nos lee una historia y todos la compartimos al escucharla?

P.: Claro, pero...

B.: ¡Muy bien! Antes de contarnos la historia, ¿no era nuestra mente algo parecido a un pedazo que la historia después puso en orden?

P.: ¿Querés decir que lo que hicieron las ideas fue dar forma a las cosas y ponerlas en orden? Dame un ejemplo.

B.: Bueno. La idea de silla dio forma a la madera de tal modo que se pudieron hacer un montón de sillas a partir de la madera, de acuerdo con esa idea. Y lo mismo pasó con la idea de cama y con la idea de mesa. No hay ningún límite al número de cosas que pueden compartir una sola idea.

P.: Bernardo, además de las ideas de cosas, ¿había ideas de personas?

B.: Sí, pero con las personas era diferente. Mirá, por más sillas que hubiera, seguía habiendo una única idea de silla. Pero para todas y cada una de las personas existía una idea diferente.

P.: Cuando le pasaba algo a una cosa, ¿le pasaba algo a la idea de esa cosa? Quiero decir que si una silla se quemaba, ¿se quemaba también la idea de la silla?

B.: No, nada puede destruir las ideas. Pueden destruirse las cosas que comparten esas ideas, pero nunca las ideas.

P.: ¿Y pasa lo mismo con las personas?

B.: Podría ser. Mataron a John Lennon, ¿pero también mataron a la idea de John Lennon?

P.: Bernardo, ¿eran felices las ideas de estar acá?

B.: No, venir acá hizo infelices a muchas de ellas.

P.: ¿Sí? ¿Por qué?

B.: Mirá, en el cielo, adonde habían estado, eran perfectas y todo alrededor de ellas era perfecto. Si fueras una idea vivirías proezas perfectamente valientes, entre ciudades perfectamente hermosas y oraciones perfectamente verdaderas.

P.: ¡Ah, ahora entiendo! Cuando llegaron acá encontraron todo sin forma y feo.

B.: Sí, aunque hicieron todo lo que pudieron para dar forma a las cosas lo mejor posible, nunca les salió completamente bien. De hecho, muchas casas eran feas, y cantidad de oraciones eran falsas, y no había mucha gente que hiciera las cosas bien.

P.: Seguro que las ideas no pararon de decir: "Las cosas no eran igual en el lugar de donde venimos".

B.: Al principio, no. Mirá: cuando una idea venía acá olvidaba lo maravilloso y perfecto que era todo en el cielo de donde venían.

P.: ¿Olvidaban? ¿Querés decir que se les borraban todos sus recuerdos y que no recordaban nada de aquel maravilloso mundo?

B.: Sí, pero alguna que otra vez le ocurría alguna cosa buena a una idea.

P.: ¿Algo bueno? ¿Como qué?

B.: En medio de toda esa fealdad era posible ver un animal hermoso. O en medio de todas esas cosas malas que las personas se hacían entre sí era posible ver a alguien hacer algo bueno.

P.: ¿Era posible escuchar a alguien decir la verdad, por una vez?

B.: Exacto. Y cuando ocurrían cosas como ésas, las ideas recordaban de pronto todo lo que habían olvidado. Recordaban el hermoso mundo del que habían venido, en el que todo era verdadero y bueno.

P.: ¿Es por eso que nos ponemos contentos cuando vamos al cine y vemos una película y al final ganan los buenos y pierden los malos, por estar durante un momento en un lugar en el que todo sale bien?

B.: Sí, creo que sí. Es por eso que nos conmovemos cuando vemos algo hermoso o descubrimos algo verdadero. Es como si volviéramos al lugar al que pertenecemos, a nuestra casa, y fuéramos felices.

De repente, justo cuando creíamos que la función se había terminado, desaparecieron los dos títeres y Roberto asomó su cabeza. En voz baja, dijo:

-No sé si la historia es de Bernardo o de Pixi, pero sea de quien fuere es una historia estúpida. ¡Todas esas fantasías sobre unas estrellas que en realidad son ideas que bajan a la Tierra y le dan forma a todo! ¿Quién oyó alguna vez una estupidez tan grande?

Entonces Bernardo, asomando también su cabeza, dijo:

-Pero, Roberto, ¿tenés una historia diferente?

-No, pero puedo decirte lo que está mal en tu historia -contestó Roberto-. Las ideas son pensamientos y los pensamientos vienen de nuestro cerebro. Y las cosas tienen su propia forma, no la sacan de las estrellas. ¡Cómo es posible que tengas semejante lío en la cabeza!

Bernardo no se enojó: simplemente se rió y preguntó:

–¿Y por qué lo que yo dije es un cuento de hadas y lo que vos acabás de decir no lo es?

–Simple –dijo Roberto–. En un cuento de hadas, las ideas no son como son las cosas en el mundo. En una historia verdadera, sí lo son.

–¡Ah! –dijo Bernardo–. Bueno, en ese caso, si lo que yo dije fue un cuento de hadas, lo que vos dijiste también lo fue.

Estaba esperando que Bernardo explicara lo que quería decir, pero en ese momento Tito gritó:

–Roberto, dejá de discutir con Bernardo. Y, además, ¿por qué te metés en su historia?

Roberto estaba a punto de responderle a Tito, pero fue Bernardo el que contestó:

–Está bien. Después de todo salió como él y yo lo habíamos planeado.

Todos nosotros pensamos que era divertido.

–¿Cuál de las cuatro versiones se parece más a la tuya, Pixi? –me preguntó Roberto.

–Ninguna. Todas son diferentes de la mía.

–Vamos, Pixi –dijo Néstor–. Decínos de una vez cómo era tu historia y listo.

–Néstor, no soy tonta –le dije riéndome–. Mientras no te cuente mi historia podré tener cuatro funciones de títeres. Y es posible que puedan hacerse más y más funciones, siempre que yo no cuente mi historia.

–Pero al menos conocemos la historia de cómo surgió tu historia misteriosa –dijo Isabel.

–Y sabemos cuál era tu criatura misteriosa –dijo Néstor–. Por lo tanto, sabemos dos de tus misterios.

¡Néstor se cree siempre tan inteligente!

–¿Estás seguro? –le dije.

–¡Claro que estoy seguro! –contestó mientras me hacía una mueca.

–Bueno –dije–. Entonces sólo una pregunta más. ¿Cómo lo sabés?

–¿Cómo sé cuál era tu criatura misteriosa? –preguntó–. ¡Eso es una pavada! ¿Cómo sabe cualquier persona algo?

–Ay, Néstor! –le dije–. ¿No es ése el tercer misterio?